

SECRETOS & MENTIRAS

Pasión en Roma
KATE HARDY

 HARLEQUIN™

SECRETOS & MENTIRAS

Pasión en Roma
KATE HARDY



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.

Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

© 2012 Pamela Brooks. Todos los derechos reservados.

© 2018 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

PASIÓN EN ROMA, N.º 3 - septiembre 2019

Título original: The Hidden Heart of Ricco Rossi

Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Este título fue publicado originalmente en español en 2013

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Harlequin Deseo y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited. Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-1328-389-0

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

Capítulo Uno

Ella Chandler cruzó el vestíbulo del hotel y se detuvo junto al mostrador de recepción. Estaba tan contenta que creía estar soñando. Iba a conocer Roma, la Ciudad Eterna; el lugar que la había cautivado desde la infancia.

—*Mi scusi?* —dijo en italiano—. Estoy buscando al guía turístico que...

—Sí, *signora* Chandler. Soy yo.

Ella se quedó atónita cuando se dio la vuelta para mirar al hombre que la había interrumpido. Más que un guía, parecía un modelo. Alto y de cabello negro, tenía unos ojos oscuros de pestañas asombrosamente largas y la boca más apetecible que había visto en toda su vida.

—Ah, hola... —acertó a decir—. *Buongiorno*.

El guía se acercó y le estrechó la mano. Fue un gesto inocente, pero el contacto de su piel le gustó tanto que Ella se maldijo para sus adentros.

No podía reaccionar de esa forma ante un desconocido que, por otra parte, estaría acostumbrado a que las turistas inglesas cayeran rendidas a sus pies.

—Encantado de conocerla, *signora* Chandler —replicó—. Por cierto, me llamo Rico.

—Y yo, Ella.

—Ella...

La voz del guía sonó sensual como una caricia. Ella tuvo que recordarse que no era una adolescente, sino una mujer de veintiocho años; y que los hombres como Rico solían ser una bonita fachada sin sustancia alguna.

—¿Nos vamos? —continuó él.

—Por supuesto.

Mientras caminaban hacia la puerta, Ella lo observó con atención. El guía trabajaba para el hotel, pero no llevaba uniforme. Se había puesto una camisa blanca, por cuyo cuello abierto se veía una sombra de vello, y la había conjuntado con unos chinos de color ocre y unas zapatillas náuticas, perfectas para dar un largo paseo por la ciudad.

—¿Es la primera vez que visita Roma?

Ella le dedicó una sonrisa tensa.

—Sí.

—Y supongo que querrá visitar los lugares más importantes...

—En efecto —dijo—. Me gustaría ver el Foro, la escalinata de la Plaza de España y la Fontana de Trevi.

—*Bene*. En tal caso, empezaremos por el Coliseo. Es lo que está más cerca del hotel y, además, las colas son relativamente cortas a esta hora.

Al salir del hotel, Ella tuvo que frenarse para no darse un pellizco. Por fin, después de tantos años de espera, había reunido el dinero necesario para viajar a la ciudad de sus sueños.

—Siempre quise venir a Roma, ¿sabe? —le confesó—. Desde que vi una fotografía del Coliseo cuando era niña... Puede que no esté entre las siete maravillas del mundo, pero para mí lo está.

Rico asintió y le empezó a contar la historia del Coliseo. Ella se fue relajando a medida que avanzaban y, cuando vio el gigantesco monumento al final de la calle, se detuvo en seco y suspiró.

—Me parece increíble que hace un segundo estuviéramos en un lugar lleno de tiendas y

edificios modernos y que ahora...

Rico se encogió de hombros.

—No se deje engañar por las apariencias. Hasta los edificios modernos de esta ciudad se levantan sobre restos antiguos.

A Ella le sorprendió su tono de voz, algo desdeñoso; al parecer, estaba tan acostumbrado a vivir en Roma que no compartía su entusiasmo.

Pero se concentró en la majestuosidad de las vistas y agradeció que Rico no rompiera la magia del momento con más explicaciones.

Rico miró a Ella Chandler con admiración. De piel pálida, cabello castaño claro y ojos entre azules y grises, le pareció tan bonita como un ángel de Botticelli. Sobre todo, porque se comportaba como si no fuera consciente de su belleza; y porque la suya era una belleza natural.

Pero su ángel también era un enigma; aunque había reservado la suite nupcial, había llegado sola y se había registrado como señorita Chandler, no como señora Chandler. ¿Sería posible que su viaje a Roma fuera originalmente un viaje de luna de miel? ¿La habría abandonado su prometido? ¿Habría tomado la decisión de aprovechar la reserva y viajar sola?

Rico sacudió la cabeza y se dijo que no era asunto suyo. Estaba allí para hacer un trabajo. Lo habían contratado para revisar los servicios de la cadena de hoteles Rossi y asegurarse de que estaban a la altura de las necesidades de sus clientes. Un objetivo que, en ese momento, implicaba hacer de guía, llevarla al interior del Coliseo y ofrecerle la visita que había soñado durante tantos años.

—Vaya, no esperaba ver gladiadores y emperadores por todas partes... —declaró ella con una sonrisa.

Rico se fijó en los personajes disfrazados que deambulaban por los alrededores y asintió.

—Sí, dan un toque divertido al lugar. Pero haga como si no estuvieran. Si se hace una fotografía con ellos, le sacarán hasta el último céntimo.

—Ah, ¿no forman parte de la visita al Coliseo? —preguntó, aparentemente decepcionada.

—No, trabajan por su cuenta; y pueden ser muy pesados... Aunque con usted no lo serán.

—¿Por qué?

—Porque está conmigo —respondió, sonriendo—. Y, por supuesto, estaré encantado de hacerle tantas fotografías como quiera. Forma parte de mi trabajo.

—Gracias.

Tras pagar las entradas, Rico la llevó al interior del Coliseo. Le enseñó las gradas, le contó dónde se sentaban los distintos grupos sociales y le sacó varias fotografías. Ella estaba tan contenta que terminó por contagiarse su entusiasmo. Y, de repente, el Coliseo dejó de ser un edificio que estaba harto de ver y se transformó en lo que era, un lugar verdaderamente espectacular.

Rico sintió envidia de la capacidad de Ella para asombrarse. Aunque solo tenía treinta años, había vivido mucho y había perdido la mirada limpia y apasionada de aquella mujer.

Pero ese era el menor de sus problemas. No tenía tiempo para disfrutar de la vida. Tenía un imperio que dirigir.

—Acompáñeme, *signora* Chandler. Le enseñaré mi vista preferida del Coliseo.

Rico la sacó del edificio y la llevó hasta el Arco de Constantino.

—Es precioso —dijo ella—. Mucho más de lo que había imaginado...

—¿Quiere que le enseñe el Foro?

—Ah, el lugar donde Marco Antonio pronunció su discurso, según Shakespeare...

Rico soltó una carcajada.

—Sí, bueno... la mitad de los guías repiten ese discurso como si fueran loros.

—¿Usted incluido?

Ella sonrió y Rico se quedó tan fascinado con los hoyuelos de sus mejillas que tuvo que hacer un esfuerzo para concentrarse en el trabajo. Ella Chandler era un cliente. Estaba fuera de su alcance. Y en cualquier caso, no se parecía a las mujeres que le gustaban: mujeres altas, esbeltas y refinadas que conocían las normas de una relación pasajera y evitaban las exigencias emocionales.

—No —contestó—. Pero si quiere, lo puedo intentar.

—¿Podría hacerlo yo?

Él le devolvió la sonrisa.

—Por supuesto. Si me presta su cámara, grabaré el momento para que se lo pueda enseñar a sus amigos de Inglaterra.

—Se lo agradezco mucho...

—No me lo agradezca, *signora* Chandler. Estoy aquí para su experiencia en Roma sea lo más divertida posible.

Sus dedos se rozaron cuando Ella le dio la cámara. Fue un contacto leve, pero suficiente para que Rico se estremeciera y se quedara asombrado con la intensidad de su propia reacción. Era la primera vez que una mujer le causaba un efecto tan intenso e inmediato.

A pesar de ello, sacó fuerzas de flaqueza y grabó el discurso en vídeo.

Luego, le devolvió la cámara y dijo:

—Tiene una voz preciosa.

Ella se ruborizó y él se preguntó si se ruborizaría del mismo modo al hacer el amor.

—Gracias...

Rico apartó la mirada. Ella Chandler era la mujer que más le había gustado en los tres años que llevaba como presidente de los hoteles Rossi, pero también era un cliente. Y por otra parte, no tenía tiempo para aventuras amorosas.

Mientras caminaban hacia Via Nova, ella se fijó en las flores moradas de las glicinias que crecían por todas partes y volvió a sonreír.

—¿Quiere que le haga una fotografía? —preguntó él.

—Claro...

Rico se arrepintió de haberse ofrecido. Mientras le sacaba las fotos, se imaginó besándola junto a aquellas mismas flores, en una cálida noche.

Y se empezó a poner nervioso. No entendía lo que le estaba pasando. Desesperado, le preguntó lo primero que se le pasó por la cabeza.

Necesitaba reconducir la situación; hablar de algo neutral y recuperar el control de sus pensamientos, que parecían obsesionados con aquella mujer.

—¿A qué se dedica, *signora* Chandler?

—Soy contable.

—¿Le gusta su trabajo?

Ella se encogió de hombros.

—Bueno... es un trabajo seguro.

Rico la miró con detenimiento y pensó que, siendo contable, pasaría mucho tiempo sentada y no estaría acostumbrada a caminar. Además, no parecía de la clase de mujeres que iban al gimnasio o salían a correr. Si quería seguir con la visita turística, sería mejor que descansara un

poco.

—¿Qué le parece si hacemos un descanso y vamos a comer?

—Buena idea. Estoy hambrienta...

Rico la llevó a una *osteria* donde se comía bien y se sentó con ella en la terraza, bajo una parra que los protegía del sol.

—Esto es fabuloso —dijo Ella—. No sabía que Roma fuera tan verde...

—¿Qué esperaba?

—No lo sé; supongo que la imaginaba como Londres, con pocos árboles y unos cuantos monumentos esparcidos por el centro. Pero Roma es tan distinta, tan especial... está llena de historia y de zonas verdes —respondió.

—Me alegra que le guste.

—Y me han encantado las glicinias del Foro...

Rico pensó que, si las glicinias le habían gustado, se volvería loca con los lilos del parque Borghese; pero estaba demasiado lejos para ir ese día.

Entonces, se le ocurrió una locura: seguir siendo el guía de Ella Chandler. A fin de cuentas, llevaba varios meses sin tomarse un día libre y no tenía nada importante que hacer; nada que no pudiera anular o retrasar. Además, sabía que Ella se iba a quedar tres noches en Roma y que no se había apuntado a ninguno de los recorridos turísticos del día siguiente.

—Permítame que le invite a comer —declaró ella de repente—. No me parece justo que malgaste su sueldo de guía con una turista.

Rico se quedó atónito. Evidentemente, Ella sabía que los guías ganaban poco y le preocupaba que la hubiera llevado a un sitio de aspecto caro. Pero él no era guía. Y no iba a permitir que lo invitara a comer.

—No se preocupe por eso. Corre a cuenta del hotel —mintió.

Mientras hablaba, Rico se acordó de que no llevaba dinero en efectivo, lo cual era un problema. Si sacaba su tarjeta de crédito, una platinum, Ella se daría cuenta de que no estaba con un simple empleado del hotel. Tendría que hablar con el camarero y pedirle que le cobrara en la barra del bar, para que no viera su tarjeta.

—¿Está seguro de eso? —preguntó, extrañada.

—Absolutamente.

—Está bien... ¿Qué me recomienda para comer?

—Eso depende de lo que le guste.

Ella sonrió.

—¿Hay algo en el menú que sea típicamente romano?

Rico echó un vistazo rápido a la carta.

—Sí, el *cacio e pepe*... son espagueti con queso *pecorino* y salsa de pimienta negra.

—Suenan bien. Lo probaré.

—En ese caso, yo pediré lo mismo.

Rico llamó al camarero y le pidió los dos platos y una ensañada para acompañar. A continuación, se giró hacia ella y dijo:

—¿Prefiere vino tinto? ¿O blanco?

—Blanco, por favor. Pero solo una copa... no estoy acostumbrada a beber.

Rico sonrió y miró al camarero:

—Traiga dos copas de vino blanco y agua.

Minutos después, el camarero les llevó la bebida y una cesta con pan al romero. Ella quiso

alcanzar un pedazo al mismo tiempo que él y sus dedos se volvieron a rozar.

Rico se estremeció.

Definitivamente, ninguna mujer le había afectado tanto como Ella Chandler. De haber podido, la habría tomado entre sus brazos y la habría besado.

—¿Hace mucho que trabaja para el hotel?

Rico asintió. Llevaba tres años en la presidencia de la cadena hotelera, pero había trabajado desde los catorce y había realizado casi todos los trabajos, desde limpiar habitaciones a tomar decisiones de carácter estratégico.

—Sí, bastante.

—¿Y tiene familia en Roma?

La pregunta de Ella lo dejó descolocado durante unos momentos. Sus abuelos eran lo más parecido que tenía a una familia; lo habían salvado del desastre matrimonial de sus padres, le habían dado su afecto y lo habían preparado para dirigir la cadena hotelera, a sabiendas de que su único hijo, el padre de Rico, carecía de las habilidades necesarias.

—Sí, mis abuelos viven aquí —contestó al final.

Durante los minutos siguientes, Rico se las arregló para derivar la conversación hacia terrenos menos pantanosos. Y cuanto más hablaban, más le gustaba su acompañante. Ella era especial. No se parecía nada a sus últimas novias; no era mujer de champán francés y joyas caras, sino de placeres tan sencillos como disfrutar de unos espagueti.

Después de comer, Rico decidió sacarse otro as de la manga. En lugar de llevarla al Panteón de Agripa por la parte delantera, la llevó por detrás para que se quedara atónita cuando salieran a la Piazza de la Rotonda. Y el truco tuvo éxito. Ella se quedó boquiabierta ante las enormes columnas del templo circular.

—Oh, ¡es increíble!

Rico sonrió y guardó silencio.

—¡Y fíjese en esas puertas! ¡Son enormes!

—Se supone que son las originales, pero las han restaurado tantas veces que no debe quedar mucho del material original —explicó él.

El asombro de Ella se volvió fascinación pura en el interior del edificio, cuando vio la gigantesca cúpula y el gran óculo del centro, por donde entraba la única fuente de luz.

—Es una verdadera maravilla.

Rico volvió a sonreír. Había visto el Panteón de Agripa muchas veces, y se creía inmune a su belleza; pero al igual que en el Coliseo, el entusiasmo de Ella le resultó tan contagioso que fue como si lo viera por primera vez.

Al salir del Panteón, se dirigieron a la Plaza de España. Rico supuso que le parecería poca cosa en comparación con lo que acababa de ver, y no se equivocó. Ella miró la escalinata de mármol blanco como si fuera lo más normal del mundo.

—Dentro de un par de semanas, cuando las azaleas echen flores, estará mucho más bonita —declaró él.

Ella arrugó la nariz.

—Oh, discúlpeme... es que esperaba que fueran más...

—¿Especiales?

—Sí, supongo que sí.

—Solo son unas escaleras donde los turistas se sientan a descansar.

Pero la plaza de arriba está muy bonita los fines de semana. Se llena de pintores.

Ella alzó la mirada, como imaginando la escena.

—Bueno, sígame —continuó Rico—. La Fontana de Trevi le va a encantar... le aseguro que está a la altura de su reputación.

Ella siguió a Rico y, poco después, tras abrirse paso entre la multitud, se encontraron ante la famosa fuente.

—Es asombrosamente blanca —declaró ella, radiante de alegría—. Y los caballos parecen tan reales como si no fueran de piedra, sino de verdad... ¿Puede hacerme una foto mientras echo una moneda al agua?

—Por supuesto.

Rico la acompañó y le hizo la fotografía.

—¿Tengo que echar más? Recuerdo haber visto una película donde echaban tres monedas...

Él sacudió la cabeza.

—No, no es necesario. Supongo que se refiere a *Tres monedas en la fuente*; pero eran tres porque contaba la historia de tres amigas.

—¿Ah, sí? Yo pensaba que... bueno, no importa —dijo con nerviosismo—. Olvídelo.

Rico sonrió para sus adentros. Existía una leyenda que quizás explicaba el nerviosismo de Ella Chandler: quien echaba una moneda, volvía a Roma; quien echaba dos, encontraba el amor y, quien echaba tres, se casaba.

¿Estaría buscando una aventura? ¿Estaría buscando esposo?

Fuera como fuera, no era asunto suyo. Además, él no buscaba ni el matrimonio ni el amor. Había aprendido de los errores de sus padres y solo aspiraba a relaciones cortas y divertidas, donde nadie salía mal parado.

—La fuente se construyó al final del acueducto Aqua Virgo, uno de los más antiguos de Roma —explicó él—. Según dicen, tenía el agua más dulce de la ciudad... pero no le recomiendo que eche un trago. Ni que se bañe en ella.

—¿Como Anita Ekberg en *La dulce Vita*? —preguntó, sonriendo.

—Sabe mucho de cine...

Ella se encogió de hombros.

—No tanto. Me lo dijo mi mejor amiga, que es profesora de inglés y cinéfila.

Rico no lo pudo evitar. La imaginó en el papel de Anita Ekberg, con el agua cayendo sobre su cuerpo y empapándola hasta convertir su camiseta en una segunda piel, absolutamente transparente.

Sorprendido por la deriva de sus pensamientos, se dijo que el único que necesitaba un buen baño era él; y de agua fría. Pero a pesar de ello, y de que la visita a la Fontana de Trevi debía poner punto final al recorrido turístico, decidió alargar la tarde y pasar un rato más con su turista inglesa.

—¿Descansamos un poco? —preguntó.

—Claro...

Rico la llevó a un cafetería cercana, donde Ella pidió un zumo de naranja y él, un expreso que se bebió de un trago.

—¿Siempre se toma el café así?

—Eso me temo. Es una de mis malas costumbres.

Ella lo miró con malicia.

—¿Puedo preguntar cuales son las otras?

—No —respondió Rico—. Pero dígame... ¿Tiene planes para esta noche?

—¿Por qué lo pregunta?

—Porque me gustaría que cenara conmigo.

—¿Cenar? —dijo, sorprendida.

—Sí, algo sencillo. Una comida típica.

Ella se quedó tan sorprendida como encantada ante el hecho de que un hombre tan interesante le estuviera pidiendo una cita. Sin embargo, estuvo a punto de salir corriendo. Aunque había superado el desastre de su relación con Michael, se sentía demasiado vulnerable como para arriesgarse otra vez.

Pero por otra parte, estaba en Roma. Y no podía negar que Rico le gustaba. Incluso era posible que una noche de diversión le devolviera parte de la seguridad que había perdido con la traición de Michael.

—Trato hecho —dijo.

—Excelente. En ese caso, te pasaré a recoger a las ocho en punto.

Capítulo Dos

De vuelta en el hotel, Ella se dirigió a su suite y Rico, a su despacho.

Lina, su secretaria, estaba a punto de marcharse.

—Hola, Lina... sé que es tarde y que debería haberte avisado, pero ¿puedes anular mis citas de los tres próximos días?

Lina lo miró con preocupación.

—¿Ha pasado algo? ¿Es que tu abuelo está enfermo?

—No, está bien. Me voy a tomar unas vacaciones.

Lina parpadeó.

—¿Tú? ¿Unas vacaciones?

—No veo qué tiene de extraño —respondió, molesto—. Cualquiera diría que soy un obseso del trabajo.

Su secretaria le dio una palmadita cariñosa.

—Lo eres. Pero está bien... mañana, cuando llegue al despacho, anularé esas citas. Ahora es imposible, porque es tarde y no localizaría a nadie.

—Gracias, Lina. Si necesitas algo, llámame al móvil o envíame un mensaje.

—No te voy a llamar, Rico. Necesitas un descanso de tus obligaciones —afirmó—. ¿Vas a algún sitio especial?

—Es posible.

Lina sonrió.

—Disculpa. Había olvidado que no te gustan las preguntas personales.

—No, discúlpame a mí. No pretendía ser grosero.

—Pero no me vas a dar explicaciones, ¿verdad? —Lina lo miró con exasperación—. Recuérdame por qué trabajo contigo...

—¿Porque soy encantador? —declaró en tono de broma.

—Sí, seguro que es por eso —ironizó.

—Gracias de nuevo, Lina. Sabes que aprecio mucho tu trabajo.

—Sí, claro que lo sé, tesoro. —Lina volvió a sonreír—. Anda, márchate de una vez y diviértete un poco.

—Lo haré.

Rico salió del despacho con la sensación de estar haciendo una tontería. Ella Chandler solo era una turista que volvería a su país dos días más tarde. Sin embargo, Lina tenía razón; necesitaba divertirse.

Cuando salió a la calle, se dirigió a la carnicería más cercana. Tras la visita a la carnicería, pasó por la verdulería y la panadería. Luego, subió a su piso, se remangó la camisa y empezó a preparar la cena.

¿Qué se debía poner para cenar en Roma?

Después de darle muchas vueltas, Ella optó por ponerse un vestido de verano, con estampado de flores, que había metido en la maleta en el último minuto. Sabía que sería inadecuado si Rico la llevaba a un lugar elegante, pero no tenía otra cosa y, además, supuso que preferiría un restaurante tradicional y de buena comida, donde el aspecto importaba poco.

A las ocho en punto, llamaron a la puerta.

Era él.

—Estás preciosa, Ella.

Rico se había cambiado de ropa y se había puesto unos vaqueros desgastados y otra camisa blanca. A Ella le pareció tan atractivo que se quedó sin aire.

—¿Adónde me vas a llevar?

—A un sitio especial. Esta noche cocino yo.

Ella lo miró con desconcierto.

—¿Sabes cocinar?

Él se encogió de hombros.

—No es tan difícil...

Ella se acordó de Michael, su exnovio. A diferencia de Rico, no había cocinado para ella ni una sola vez; parecía creer que la cocina era cosa de mujeres, y se sentía ridícula por habérselo permitido.

—Por tu cara de sorpresa, sospecho que has salido con algún hombre demasiado conservador —continuó él.

—Sí, es cierto —le confesó—, pero ya lo he superado.

Rico la llevó hasta el final del pasillo e introdujo un código de seguridad en un panel discretamente camuflado. Ella no podía imaginar que se abriría la puerta de un ascensor privado, ni mucho menos que terminaría en la azotea más bonita que había visto nunca, con una vista magnífica del Coliseo.

—Qué preciosidad... —dijo, asombrada.

—Me alegra que te guste.

Ella se giró y miró la mesa que alguien había instalado entre las plantas. Tenía un centro de flores, una vela encendida y una botella de vino.

—Esto es increíble; absolutamente increíble. ¿Es tuyo?

Rico no tuvo más remedio que mentir. Si le decía que el ático del hotel era suyo, Ella Chandler se daría cuenta de que no era un guía. Y le gustaba la idea de seguir siendo un hombre normal y corriente.

—No. Me lo han prestado.

Ella lo miró con preocupación.

—¿Estás seguro de que a su dueño no le importa?

—Completamente seguro —respondió—. Pero siéntate, por favor... ¿quieres que te sirva una copa de vino?

—Sí, gracias.

Ella se sentó y él sirvió una copa.

—Vuelvo enseguida. Voy a buscar el *antipasti*.

Rico entró en el piso y regresó con una bandeja llena de entrantes. Ella demostró el mismo apetito que había demostrado en la *osteria*, y lo cubrió de halagos cuando terminaron con los entrantes y pasaron a la pasta primero y al cordero después.

—No es para tanto —dijo él con una sonrisa—. Una simple cena romana.

—Pero te has tomado muchas molestias por mí...

Como postre, Rico sirvió un *panna cotta* que la dejó con ojos como platos. Pero él se sintió obligado a puntualizar:

—Los dulces no se me dan bien. Me temo que lo he comprado en una tienda. Solo soy responsable de la presentación.

—Pues te ha quedado perfecto.

Él arqueó una ceja.

—No serás inspectora del hotel, ¿verdad?

Ella rio.

—No. Solo soy una contable aburrida.

—Tú no tienes nada de aburrida —replicó—. Me divierto mucho contigo.

—Y yo contigo —le confesó.

Él se levantó de la mesa, la tomó de la mano y la instó a levantarse.

—Ven. Te enseñaré una de las mejores vistas de Roma.

Ella apoyó las manos en la balaustrada y contempló las torres y los edificios de la ciudad, tan bien iluminados que se veía hasta el menor de los detalles. Rico se quedó junto a ella y se dedicó a indicarle los lugares más famosos. Estaba tan cerca que podía oler su perfume. Y su cuello le resultó tan tentador que no se pudo resistir a la tentación de besarlo.

Ella se estremeció y se apretó contra él durante unos momentos deliciosos. Pero a Rico no le pareció suficiente, así que le dio la vuelta y la besó en la boca.

La timidez de aquella turista inglesa que había llamado su atención, desapareció al instante. Lejos de protestar, se entregó con pasión y no hizo nada por impedir que le acariciara los pechos, terriblemente sensibles bajo la fina tela del vestido y el leve encaje del sostén.

Rico fue el primer sorprendido por la intensidad de su deseo. Y supo que necesitaba verla, tocarla, sentir su piel.

Llevó una mano a la cremallera del vestido y preguntó en voz baja:

—¿Puedo?

Ella asintió y él le bajó la cremallera. Después, le apartó las tiras de los hombros y la prenda cayó hasta la cintura.

Ya solo quedaba el sujetador.

—Quiero verte —siguió él.

Ella asintió una vez más.

Rico le desabrochó el sostén, se lo quitó y admiró sus senos desnudos antes de cerrar las manos sobre ellos.

—Eres tan bella...

Ella se ruborizó y guardó silencio. Y a Rico le pareció bien, porque no era momento de palabras, sino de actos.

Bajó la cabeza y le succionó un pezón. Ella soltó un gemido de placer y le pasó los dedos por el pelo, urgiéndolo a seguir adelante. Rico se emborrachó de sus pechos y su aroma, incapaz de contenerse; pero segundos más tarde, cometió un error: rompió el contacto para mirarla a los ojos y, con ello, también rompió la conexión que los había unido.

—No, Rico... no podemos seguir.

Él respiró hondo. Jamás había forzado a una mujer, y Ella no iba a ser la primera.

—Está bien, no seguiremos.

Rico le acarició la mejilla y le subió el vestido.

—No me has entendido bien, Rico. Solo quería decir que no podemos... aquí.

—¿Aquí?

Ella se puso roja como un tomate.

—Sí, en el piso de tu amigo.

Rico se lamentó amargamente de haberle dicho que el ático pertenecía a otra persona; sobre

todo, porque su dormitorio estaba a pocos metros de distancia y solo tenía que tomarla entre sus brazos, llevarla a la cama y hacerle el amor.

Se había quedado atrapado en su propia mentira.

—Hay una solución —continuó ella en voz baja—. Si quieres que sigamos adelante, por supuesto.

—Claro que quiero.

Ella dudó un momento y dijo:

—Podemos ir a mi suite.

Rico le dio un beso en los labios.

—¿Estás completamente segura?

—Sí, lo estoy —respondió con debilidad—. Pero, ¿no crees que deberíamos retirar los platos de la mesa antes de... ?

Él sonrió.

—No te preocupes por eso. Lo haré más tarde.

Ella se puso el sostén se arregló un poco el vestido y siguió a Rico hasta el ascensor privado. Estaba tan nerviosa que, cuando llegaron a la suite, se le cayó la tarjeta magnética. Él se inclinó, la recogió, abrió la puerta y encendió la lamparita del salón, que llenó la estancia con una luz cálida.

Después, se acercó a la ventana, echó las cortinas y se giró. Ella se estaba mordiendo un labio con timidez.

—Si has cambiado de idea, lo entenderé —dijo Rico.

Ella apartó la mirada.

—Es que no quiero decepcionarte.

Rico se acercó y la tomó de la mano.

—¿Decepcionarme? Sí, admito que me llevaría una decepción si me rechazaras ahora, pero estás en tu derecho —le recordó.

—No me refería a eso. Yo... No soy muy buena en este tipo de situaciones.

Rico se quedó atónito. ¿Tenía miedo de decepcionarle porque se creía una amante inexperta o poco hábil? Ella lo había besado con pasión, pero también con cierta inseguridad. Y por otra parte, tenía la sensación de que alguien, obviamente un hombre, había dañado su confianza en sí misma.

Pero se dijo que él podía ayudarla a recuperarse. Podía demostrarle que era una mujer deseable y preciosa.

—Oh, Ella —declaró con suavidad—. Ninguna primera vez es perfecta. Y no importa que no lo sea... tenemos tiempo para conocernos y explorar nuestro placer. Tiempo para que yo aprenda lo que te gusta y para que tú aprendas lo que me enciende.

Ella lo miró a los ojos.

—Entonces, ¿no es un problema?

Él volvió a sonreír.

—Ni mucho menos. No estamos sometidos a ninguna presión. Solo somos tú y yo, dos personas adultas que saben lo que quieren. Y si cambias de opinión, solo tienes que decírmelo y me detendré.

Ella suspiró.

—Lo siento, Rico. Supongo que soy demasiado tímida.

Él sacudió la cabeza.

—Dudo que sea un problema de timidez. Tengo la impresión de que alguien te hizo sentir mal para sentirse mejor. Y si eso es cierto, la culpa es suya, no tuya.

Rico se sentó en la cama y la acomodó sobre su regazo. Ella era un mar de dudas en ese momento; pero supo que no dudaba de él, sino de sí misma, y por las dudas que otro hombre había puesto en su mente.

Como no se le ocurrió otra forma de tranquilizarla, la besó con dulzura, sin prisas, incitándola y alimentando poco a poco su deseo.

Luego, le bajó otra vez las tiras del vestido y lamió su piel desnuda. Ella echó la cabeza hacia atrás, gimió de placer y se arqueó mientras él le volvía a bajar la cremallera.

Los dedos de Rico encontraron el cierre del sostén, que le quitó enseguida. Luego, cerró las manos sobre sus pechos y le acarició los pezones con los pulgares.

Rico la levantó de la cama y tiró del vestido hacia abajo, hasta que se quedó sin nada salvo las braguitas de encaje y los zapatos de tacón de aguja.

—Eres verdaderamente bella.

Ella lo miró.

Rico se arrodilló en el suelo y le dio un beso en el estómago antes de meterle una mano bajo las braguitas.

—Quiero verte —continuó—. Quiero tocarte, probarte.

Ella se estremeció.

—Sí, por favor.

Rico no tardó ni un segundo en tumbarla en la cama y volver a asaltar su boca. Tenía intención de soltarle el pelo, pero estaba tan excitado que desestimó la idea. Cuando por fin la liberó de la última prenda que la cubría, la besó con pasión y descendió hacia su pubis, tomándose su tiempo y logrando que se retorciera bajo él.

Por fin, su lengua encontró el sexo de Ella. Sabía dulce y salado a la vez.

Al cabo de unos segundos de caricias, le empezó a lamer con movimientos cambiantes, succionando y variando la intensidad y el ritmo hasta que Ella se quedó rígida un momento y, por fin, alcanzó el orgasmo.

—Rico...

Solo entonces, se detuvo y la abrazó.

—¿Estás bien?

Ella suspiró.

—Oh, sí... mucho más que bien. Pero esto no es justo. Yo estoy completamente desnuda y tú, completamente vestido.

Él sonrió.

—Es que tenía hambre de ti —se justificó—. Y si me quieres desnudo, puedes hacer algo al respecto...

Ella le abrió la camisa y le acarició el pecho con delicadeza. Rico mantuvo a duras penas el control hasta que llegó al botón de sus vaqueros y lo desabrochó. Quería estar dentro de su cuerpo; pero a su ritmo, para que se sintiera cómoda.

A pesar de su inseguridad, Ella se lo tomó con calma y lo desnudó despacio, acariciando cada centímetro de piel que descubría. Y cuando por fin le quitó los calzoncillos, Rico estaba tan fuera de sí que tuvo que hacer un esfuerzo para hablar.

—Los preservativos... —dijo—. Están en mi cartera.

Ella abrió la cartera que tenía en los pantalones, sacó un preservativo y sonrió con picardía.

Después, rompió la funda de plástico y se lo puso lentamente, desenrollándolo sobre su duro sexo.

Rico no pudo soportarlo. La alcanzó, la puso a horcajadas sobre él y suspiró con un placer inmenso cuando Ella descendió y lo tomó.

Cuando lo sintió dentro, Ella se estremeció por la intensidad de su unión y de su propio deseo. Se suponía que aquello debía ser una aventura de una sola noche; pero al ver la cara de Rico, comprendió que necesitaba mucho más.

Y era imposible.

Estaban allí para divertirse, para darse placer el uno al otro. Los sentimientos no formaban parte del trato. No quería volver a encapricharse de un hombre. No quería sentir. No quería arriesgarse a que le partieran el corazón.

Respiró hondo e intentó apartar todo pensamiento de su cabeza.

—¿Te gusta? —se atrevió a preguntar.

Rico alzó un brazo y le acarició la cara.

—Sí. Me gusta tanto que no encuentro palabras...

Ella sonrió, satisfecha, y se inclinó hacia delante para darle un beso.

Rico la dejó hacer, encontró las horquillas de su cabello y se las quitó una a una hasta conseguir su objetivo.

—*Bellezza*... Me gustas mucho más así, con el pelo suelto.

Ella sonrió y le volvió a besar.

El ritmo que impuso fue tan lento y tortuoso que Rico decidió tomar el control. Llevó las manos a su cintura, la penetró con más fuerza y empezó a moverse más deprisa, hasta que la fricción lo llevó a un clímax que fue toda una sorpresa para él.

No esperaba que fuera tan intenso; a fin de cuentas, era la primera vez que hacían el amor. Y por otra parte, no recordaba haber vivido nunca, en ninguna circunstancia y con ninguna otra mujer, una experiencia tan satisfactoria.

Como no quería romper la conexión, se quedó dentro de ella. Pero al final, tuvo que salir para quitarse el preservativo.

—Espérame —susurró.

Cuando volvió al dormitorio, Ella se había tapado con la manta. Obviamente, sufría otro ataque de timidez.

—¿Estás bien?

Ella asintió, pero no dijo nada.

Él se sentó en el borde de la cama.

—No te preocupes por lo que hemos hecho. No te voy a exigir nada por ello, ni me voy a marchar como si no hubiera ocurrido —declaró con dulzura—. Lo que pase ahora es cosa tuya. La decisión es tuya.

Ella tragó saliva.

—Es que solo voy a estar dos noches más.

Rico la miró a los ojos.

—Bueno, podríamos vernos mientras estés...

—¿No tienes que trabajar?

Rico le dedicó una sonrisa encantadora.

—No. Casualmente, tengo unos días libres.

Ella arqueó una ceja y lo miró con escepticismo.

—¿En plena temporada alta?

—En Roma, todas las temporadas son altas. Los turistas vienen todo el año, así que me puedo tomar mis vacaciones cuando me parezca más oportuno.

—Qué suerte...

—Si quieres que te enseñe la ciudad, estoy a tu disposición.

Ella lo pensó un momento y sonrió.

—Gracias. Me gustaría..

Él se inclinó y le dio un beso.

—Entonces, trato hecho. ¿Quieres que vaya a buscarte después del desayuno? ¿Te parece bien a las ocho y media?

—Me parece magnífico.

Rico se levantó de la cama y se empezó a vestir.

—*Bene*. En tal caso, nos veremos mañana por la mañana.

Él la besó una vez más y dijo, antes de marcharse:

—Que tengas dulces sueños, *bellezza*.

Ella se acurrucó en la cama cuando Rico salió de la suite.

Aquello era lo último que esperaba encontrar en Roma. Una aventura amorosa. Un sentimiento de felicidad pura.

Curiosamente, ya no oía las palabras de Michael en su cabeza. Sus recriminaciones habían desaparecido junto con su queja hiriente de que lo obligaba a buscar el placer en otras mujeres porque no sabía satisfacer a un hombre.

Ahora sabía que era una acusación falsa. Sabía que había complacido a Rico; hasta el punto de que le había confesado que ni siquiera encontraba palabras para describir lo que sentía.

Y ahora era libre para disfrutar de un día nuevo en Roma, que se presentaba lleno de promesas.

Capítulo Tres

Ella estaba preparada a las ocho y veinticinco de la mañana siguiente; y tal como esperaba, Rico apareció exactamente a las ocho y media.

Llevaba unos chinos de color pálido y una camisa tan blanca como las anteriores.

Cuando abrió la puerta y se saludaron, él le miró los pies y dijo:

—Zapatos sin tacón. Excelente.

—Sí, son muy cómodos.

—Entonces, vámonos.

Rico la acompañó hasta la salida del hotel. Ella se sintió algo decepcionada al ver que no la tomaba de la mano, pero pensó que debían ser discretos. Al fin y al cabo, Rico era guía; y con toda seguridad, la dirección del establecimiento desaprobaba las relaciones entre trabajadores y clientes.

¿Habría mantenido relaciones con más turistas? Ella apartó el pensamiento de su mente. Aunque fuera así, no era asunto suyo.

Además, estaba con él para pasar un buen rato, no para complicarse la vida con algo serio.

—Vamos a buscar buenas vistas y sitios poco conocidos. Y si te parece bien, esta tarde podríamos hacer cosas más... apasionadas.

Ella sonrió.

—Me parece muy bien.

Ya se alejaban hacia el Coliseo cuando, por fin, la tomó de la mano. El contacto bastó para estremecerla y para que sintiera tan feliz como una adolescente. El día era absolutamente perfecto. Había amanecido sin una sola nube, estaba en una ciudad preciosa y le acompañaba un hombre tan guapo como encantador.

Un hombre que le había dado un placer asombroso la noche anterior.

Un hombre que le había hecho ver las estrellas. Y que quizás, con un poco de suerte, le ofrecería otra sesión aquella misma tarde.

Deambularon por la ciudad, sin prisas, hasta llegar al río.

Rico le señaló un grupo de patos que nadaban en el agua, esforzándose por ir corriente arriba. Tras unos momentos, se rindieron y se dejaron llevar.

Ella se apoyó en el muro de piedra y contempló el paisaje.

—¿Aquello es El Vaticano?

—Sí, es la cúpula de San Pedro... pero si quieres visitarlo, es mejor que vayamos temprano. A esta hora, las colas son interminables.

—Me gustaría mucho. No puedes ir a Roma y no visitar San Pedro...

Él sonrió.

—Bueno, intentaré organizar una visita para mañana.

Ella lo miró con desconcierto.

—¿Lo intentarás? Pero si eres guía...

—Para entrar en San Pedro se necesita un pase especial de El Vaticano —explicó—. ¿Seguimos con nuestro paseo?

—Claro.

Siguieron por la orilla del río y al llegar a uno de los puentes, Rico se detuvo.

—Hoy no ejerzo de guía, pero faltaría gravemente a mis responsabilidades si no mencionara que este puente es el más antiguo de la ciudad. Se construyó hace dos mil años.

—¿Insinúas que es el puente original? —preguntó, asombrada con el buen estado de la estructura—. Es absolutamente increíble... poder caminar por el mismo sitio que pisaron los ciudadanos de la antigua Roma, hace tanto tiempo.

—Cuantas más cosas cambian, más cosas siguen igual.

Cruzaron el río y caminaron por el Trastévere, que estaba precioso.

Rico la llevó a un restaurante, junto a una iglesia, donde pidieron vino y disfrutaron de una comida deliciosa. Ella contempló los mosaicos dorados del edificio religioso, que brillaban al sol, y pensó que no eran tan intensos como la mirada de deseo de su acompañante.

—¿Te gusta? —preguntó él.

—¿La iglesia? Sí, es muy bonita. Me encantan las iglesias de Roma.

—Me alegra que lo digas, porque tengo intención de llevarte a un sitio... muy especial. Está al otro lado del Tíber.

Ella pensó que la definición de Rico se quedaba corta. La iglesia de Santa Maria in Cosmedin hacía honor al significado de su nombre, la Bella. Y cuando vio la famosa Bocca della Verità soltó un suspiro de admiración.

—Casi da miedo...

Rico sonrió.

—La leyenda dice que, en la Edad Media, cuando acusaban a alguien de haber mentido, le obligaban a meter la mano en el agujero de la boca —declaró él—. Si decías la verdad, no te pasaba nada.

—¿Y si mentías?

Él se encogió de hombros.

—Entonces, la boca se comía tu mano.

—¿En serio? ¿Insinúas que alguien se ponía detrás y le cortaba la mano?

A Ella le pareció un sistema algo drástico, pero se dijo que se lo habría aplicado gustosamente a varias personas; empezando por su padre, que había mentido mil veces a su esposa; y terminando por Michael.

—Es algo exagerado, ¿no te parece? —continuó.

—No creo que cortaran la mano a nadie. Solo es una leyenda, *bellezza*... De hecho, se cree que la cara de la Bocca della Verità es una antigua tapa de alcantarilla, y que representa al dios Océano.

—Pues es imponente...

—¿Quieres que te saque una foto?

—Sí, por favor.

Ella se puso en la cola que había para sacarse fotos y dejó una donación.

Rico la llevó después al Circo Máximo, la antigua pista de carreras.

Luego, tomaron el metro en la Piazza del Popolo y salieron en la estación del parque Borghese.

—Es un lugar muy tranquilo —dijo Ella mientras paseaban entre los árboles—. No se oye ni un ruido de la ciudad... solo el canto de los pájaros.

—Suelo venir cuando necesito descansar. ¿Quieres que caminemos? ¿O prefieres que alquilemos un *riscio*?

—¿Qué es eso?

—Una bicicleta en tándem paralelo. Suelen ser de cuatro asientos, pero también las tienen de dos —respondió.

—Ah...

—Venga, alquilemos una. Así será más divertido.

Al cabo de cinco minutos, Ella se encontró subida a un *riscio* y muerta de miedo, porque ni el manillar ni el freno parecían funcionar. Cuando Rico notó su preocupación, sacudió la cabeza y dijo:

—El manillar que funciona es el mío. Por mucho que gires el tuyo, no conseguirás nada.

—¡Pero vamos en dirección contraria! —exclamó.

Rico rompió a reír.

—¿En dirección contraria? En Italia se circula por la derecha, como en casi todos los países del mundo.... Inglaterra es una excepción —le recordó.

Minutos después, se había tranquilizado por completo y se alegraba de haber subido al *riscio*. Gracias al tándem, pudieron ver casi todo el parque sin cansarse demasiado. Y cuando se acercó el momento de devolverlo, Ella estaba tan relajada que hasta se atrevió a cambiarle el sitio a Rico y llevar el manillar.

—No está tan mal, ¿no? —Rico le pasó un brazo por encima de los hombros.

—Es muy divertido... —admitió.

Tras devolver el tándem, se cruzaron con un grupo de adolescentes que hacía *skate*, pasando entre unos conos pequeños. Ella se quedó anonadada con sus piruetas; y Rico, que la estaba mirando, la retó.

—¿Te atreverías tú?

—¿Yo? Hace siglos que no patino...

—Oh, vamos, inténtalo.

Ella lo miró a los ojos y terminó por aceptar el desafío. Uno de los chicos le prestó su monopatín y otro se apiadó de ella y aumentó la distancia que había entre los conos para que no tuviera dificultades con el eslálom.

—¡Guau! ¡Lo he conseguido! —exclamó cuando llegó al final de la pista.

Rico le dio un beso en los labios.

—Has estado magnífica.

—Y ahora, te toca a ti.

—¿A mí?

—Me has desafiado, ¿no? Pues tendrás que aceptar mi desafío —declaró con firmeza—. ¿Eres capaz de hacerlo?

Él la miró con intensidad.

—¿Qué te apuestas?

Ella se encogió de hombros.

—Lo que quieras.

Rico se inclinó y le susurró al oído:

—Si paso entre todos los conos sin derribar ninguno, permitirás que haga lo que yo quiera la próxima vez que nos acostemos.

—¿Y si derribas alguno?

—Entonces, estaré completamente a tu merced.

Ella asintió.

—Trato hecho.

—Aunque ahora que lo pienso, tengo una duda... No sé si prefiero ganar o perder la apuesta —dijo con picardía.

—No, eso no vale. Tienes que esforzarte por hacerlo bien.

—De acuerdo...

Rico la volvió a besar y se subió a la tabla.

A Ella no le sorprendió que pasara entre los conos sin derribar ninguno, porque los habían separado tanto que era fácil. Pero se llevó una buena sorpresa cuando uno de los adolescentes colocó una segunda fila de conos y Rico se atrevió con un eslálom doble que ejecutó a la perfección.

Cuando volvió a su lado, lo miró con desconfianza.

—Ya lo habías hecho antes, ¿verdad?

Rico devolvió el monopatín a su dueño y le dio las gracias. Luego, se giró hacia ella y respondió:

—Sí, de vez en cuando, aunque he perdido práctica. Venga, sígueme. Aún tenemos mucho que ver...

Terminaron junto a una laguna, contemplando la fuente que estaba en mitad de las aguas.

—El agua es increíblemente azul, y esos árboles son tan bonitos... —declaró Ella—. ¿Cómo se llaman?

—Lilos.

—Pues no se parecen mucho a los ingleses. Ni huelen igual —dijo—. Pero son preciosos.

Rico la tomó de la mano y le robó otro beso.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Por supuesto.

—¿Por qué has venido sola a Roma?

Ella se encogió de hombros.

—Porque las circunstancias lo han querido así. No podía venir en otro momento —contestó—. Y mi mejor amiga está trabajando, así que...

—¿No tenías ningún familiar que te pudiera acompañar?

Ella se puso triste.

—No.

—¿Y tu ex?

—¿Mi ex?

—He notado que te alojas en la suite nupcial. ¿Qué ha pasado? ¿Es que te ha dejado en la estacada?

—No, no ha sido eso. Planeé el viaje antes de que nos separáramos —explicó, tensa—. Y por muchas flores y cartas que me envíe, no quiero saber nada de él.

—Flores y cartas... —repitió Rico—. Quizás se haya dado cuenta de que cometió un error al abandonarte.

Ella alzó la barbilla, orgullosa.

—Fui yo quien lo abandonó a él. Y en cuanto a la posibilidad de que cometiera un error, lo dudo mucho.

—Pero te escribe de todas formas.

Ella soltó una carcajada sin humor.

—Porque se habrá enterado de que me tocó la lotería y quiere una parte.

Rico arqueó una ceja, sorprendido.

—¿Te ha tocado la lotería?

—Sí, pero no creas que han sido millones. Solo una cantidad decente... lo justo para que me pueda tomar seis meses de descanso laboral.

—Y para viajar un poco, claro.

—Sí, también para viajar —afirmó—. De hecho, reservé la suite nupcial porque es la que tiene las mejores vistas del Coliseo. Quizás te parezca patético, pero...

Él le puso un dedo en los labios.

—No es patético en absoluto. Si querías una habitación con buenas vistas, elegiste la mejor del hotel. ¿Adónde vas a ir cuando te vayas de Roma? ¿Seguirás de viaje? ¿O volverás a Inglaterra? —se interesó.

—De momento, volveré a Inglaterra. Roma es el único sitio que siempre he querido visitar.

—Seguro que hay otros que te gustan...

—Sí, claro que sí. Me encantaría ir a Viena... Pero quiero tomarme un tiempo para pensar en lo que voy a hacer con mi vida —le confesó—. Voy a abrir un negocio propio con el dinero de la lotería. Si funciona, dejaré mi trabajo actual y, si no funciona, volveré a mi antiguo puesto de contable.

—¿Un negocio? ¿Qué tipo de negocio?

—¿Me prometes que no te reirás de mí?

Él frunció el ceño.

—Por supuesto.

Ella respiró hondo y contestó:

—Una pastelería. Quiero hacer tartas.

—¿Tartas?

—Sí. Tartas de cumpleaños, de boda... ese tipo de cosas. Tengo mucha práctica. Las llevo haciendo desde hace años, para los amigos y los compañeros de trabajo.

La declaración de Ella despertó la curiosidad de Rico.

—Si tanto te gusta, ¿por qué te no te dedicaste a eso cuando saliste de la universidad?

—Porque la contabilidad era más segura. Tuve una infancia difícil... mi madre tenía el dinero justo para sobrevivir y poco más. Preferí un trabajo que me evitara las estrecheces económicas. De hecho, me dediqué a trabajar mientras estudiaba para no acumular una deuda impresionante, como tantos estudiantes ingleses.

A Rico no le había faltado nunca el dinero, pero comprendió su decisión.

—Y sin embargo, lo que verdaderamente te gusta son las tartas.

Ella asintió.

—¿Quieres que te enseñe una de mis obras?

—Claro...

Ella sacó el teléfono móvil y le enseñó la fotografía de una tarta maravillosamente decorada.

—¿Eso lo has hecho tú?

—Sí —respondió con timidez.

—Guau... Pues discúlpame si mi comentario te parece grosero, pero creo que pierdes el tiempo con la contabilidad. Tienes verdadero talento con esas cosas.

Ella se ruborizó.

—Gracias.

—¿Y cómo piensas hacerlo? ¿Trabajando en casa?

—Más o menos. Hace un par de semanas dejé mi antiguo piso y alquilé un local con cocina

que tiene un apartamento en la planta de arriba. Ya he conseguido los permisos oficiales, así que puedo empezar cuando quiera.

—¿Tienes fotos de tus dulces?

—Sí, en mi página de Internet. Pero no tengo conexión en Roma.

—Yo, sí.

Rico sacó su teléfono y se conectó a Internet.

—Enséñamelo.

Ella buscó la página, que se abrió enseguida. Era bonita y clara; tenía una lista de precios, un formulario para posibles clientes y una galería de fotografías que dejó a Rico profundamente impresionado.

—Son magníficos, Ella... ¿Cuándo empezaste a cocinar?

—En la adolescencia. Como no teníamos dinero, no podía hacer regalos a mis amigos cuando cumplían años; pero les podía preparar un tarta, algo especial. Mi madre, que era una gran cocinera, me enseñó a decorarlas. Luego, me puse a trabajar en una pastelería del barrio, durante los fines de semana, y aprendí el resto.

—¿Y qué opina tu madre sobre tu negocio?

A Ella se le empañaron los ojos.

—Supongo que le habría gustado, aunque también habría insistido en que siguiera con mi empleo actual, por si las cosas no salen bien. —Ella se detuvo un momento y tragó saliva—. A mamá le habría encantado Roma... es una pena que no me tocara la lotería el año pasado.

—¿Por qué hablas así? ¿Es que le ha pasado algo?

—Falleció hace unos meses. Tenía cáncer de mama —respondió—. Si siguiera viva, la habría traído conmigo y le habría dado todo lo que nunca pudo tener.

Rico se acercó y la abrazó.

—Ah, *bellezza*... lo siento mucho. Y lamento que no pudiera acompañarte a Roma. Pero intentaré que tu estancia sea lo más agradable posible.

Ella respiró hondo.

—Discúlpame, Rico; no quería ponerme triste... Siempre intento recordar que mi madre era una mujer de sonrisas, no de lágrimas. Cuanto más se complicaban las cosas, más sonreía. Fue una gran persona.

Rico le acarició el cabello y pensó que la madre de Ella había sido la antítesis de la suya; una mujer que, cuanto más tenía, más se quejaba.

—Supongo que a tus amigos les gustarán tus dulces.

Ella volvió a sonreír.

—Sí. Les gustan tanto que una me diseñó la página web a cambio de un mes de magdalenas gratis y una tarta que ni su propia suegra pueda criticar.

Rico rio.

—Está visto que las familias pueden ser hipercríticas...

Ella arqueó una ceja.

—¿Lo dices por experiencia propia?

—No todas las familias son maravillosas.

—Parece que no te llevas bien con la tuya...

—No, pero no me importa. Soy feliz con mi trabajo —declaró.

—¿Y no tienes un gran sueño? ¿Algo así como escribir el manual definitivo para guías turísticas? —preguntó con humor.

—No tengo intención de escribir ningún manual.

—¿Entonces? ¿Qué te gustaría ser? ¿Una estrella del rock? ¿Un diseñador de coches caros?

Él soltó una carcajada.

—Estoy bien con lo que tengo.

Rico decidió cambiar de conversación. En primer lugar, porque Ella Chandler no sabía que era el presidente de la cadena de hoteles y, en segundo, porque no era un tema que le agradara demasiado. Le encantaba su trabajo, pero siempre había tenido la sensación de que le faltaba algo. Y no sabía qué.

—Llevamos tanto tiempo aquí que nos vamos a perder la puesta de sol...

Estuvieron paseando un rato más; y cuando cayó la noche, Rico la llevó a la Fontana de Trevi para que pudiera verla iluminada y hacer más fotos.

—Roma es tan bonita —dijo ella, feliz—. Tienes suerte de vivir aquí.

Él le pasó un brazo por los hombros y sonrió. No recordaba haberse sentido tan relajado en toda su vida.

—Sí, lo sé... ¿Quieres cenar conmigo? Conozco un lugar perfecto, que no está lejos. La comida es excelente.

—Por supuesto que quiero.

Como de costumbre, Ella disfrutó de todo y se mostró absolutamente encantadora; y como de costumbre, Rico se quedó fascinado con su acompañante.

Al terminar, la llevó a la mejor heladería de Roma.

Ella se decantó por uno de canela y jengibre y, a continuación, se dirigieron al hotel. Cuando llegaron a la suite, Rico no pudo resistirse a la tentación de besarla. Luego, los besos se convirtieron en caricias, y las caricias terminaron por llevarlos a la ducha, donde hicieron el amor.

Minutos más tarde, él la metió en la cama.

—Gracias por este día, Rico. Ha sido muy especial.

Rico pensó que tenía razón; había sido verdaderamente especial. Pero también se dijo que debía tener cuidado con ella, porque era evidente que había sufrido demasiado. Había perdido a su familia y a su antiguo novio, y él no se sentía con fuerzas para darle la protección y el cariño que necesitaba.

Además, el día siguiente iba a ser su último día en Roma. No podía cometer el error de encapricharse con ella.

—También lo ha sido para mí —dijo con suavidad—. Te veré por la mañana. Que duermas bien, *bellezza*.

Capítulo Cuatro

A la mañana siguiente, tomaron el metro y se dirigieron al Vaticano. Ella se quedó asombrada con los suelos de mármol y los mosaicos, que procedían de antiguos edificios romanos; pero la Capilla Sixtina fue lo que más le gustó.

—No sabía que fuera tan grande... —acertó a decir mientras contemplaba los frescos—. Es absolutamente increíble. Gracias por haberme traído.

Tras la visita a la capilla, entraron en San Pedro, donde Ella se dedicó a admirar la *Piedad* de Miguel Ángel.

—Y pensar que solo tenía veinticuatro años cuando la talló... era cuatro años más joven que yo en este momento.

—Pero hacía lo que le gustaba, así que le podía dedicar todo su talento —observó Rico—. Como tú dentro de poco.

Ella se encogió de hombros.

—Eso espero. Aunque a veces me pregunto si no estaré cometiendo una locura. Estamos en plena recesión. Dejar un trabajo estable no parece una decisión inteligente.

—Yo no creo que sea una locura. Tienes el dinero que ganaste de la lotería y, si las cosas salen mal, puedes buscar otro empleo. No... haces lo adecuado. Estoy seguro de que cuando seas vieja y pienses en estos días, te alegrarás de la decisión que tomaste y te preguntarás qué habría sido de tu vida si no te hubieras atrevido a dar ese paso.

—Sí, es posible.

Un buen rato después, mientras cruzaban el Tíber, Ella preguntó:

—¿Puedo invitarte a cenar esta noche?

Rico se quedó desconcertado. No estaba acostumbrado a que las mujeres lo invitaran a cenar; normalmente, siempre esperaban que invitara él. Y como tardó en responder, Ella malinterpretó su silencio.

—Oh, lo siento. Supongo que estarás ocupado...

—No, no estoy ocupado. Me encantaría cenar contigo.

—Pero pago yo —insistió con firmeza.

—¿Por qué estás tan empeñada?

—En Roma no tengo cocina, así que no te puedo devolver el favor que me hiciste al prepararme una cena. Pero te puedo llevar a un buen restaurante. De hecho, te llevaría al mejor de la ciudad si no fuera porque la lista de espera será tan larga que no nos darían mesa hasta dentro de dos meses.

—Y porque sería carísimo —comentó él.

Ella se encogió de hombros.

—El dinero no me importa. Recuerda que me tocó la lotería. Me lo podría permitir.

—Entonces, veré lo que puedo hacer. Tengo unos cuantos contactos.

Ella sonrió.

—Tomemos un café y, entre tanto, haré unas llamadas.

Se sentaron en una cafetería. Rico hizo varias llamadas telefónicas y se alegró mucho de que Ella no supiera italiano y no pudiera entender lo que decía. Al final tuvo suerte y consiguió una mesa en uno de los mejores restaurantes de la ciudad, que casualmente pertenecía a un buen amigo

suyo. Hasta lo organizó todo para que el maître le diera la verdadera cuenta a él y presentara una más baja a Ella. No quería que se gastara una fortuna.

Cuando terminó de hablar, dijo:

—Tengo una buena noticia y una mala. La buena, que he conseguido una mesa a las ocho en punto.

—¿Y la mala?

—¿Tienes un vestido de noche?

—Me temo que no.

—En tal caso, compraremos uno.

Normalmente, Rico la habría llevado a Via Condotti y le habría comprado un vestido con su tarjeta de crédito.

—¿Puedes recomendarme alguna boutique?

—Eso depende de lo que quieras. Los mejores diseñadores están en Via Condotti.

Ella arrugó la nariz.

—No soy mujer de diseñadores... ¿No se te ocurre algo más barato?

—Por supuesto. Sígueme.

Veinte minutos después, Rico se había llevado la mayor sorpresa de su vida. En lugar de llevarlo de tienda en tienda, Ella se compró un vestido negro y unos zapatos a juego en el primer establecimiento que pisaron.

—Me has dejado impresionado. Eres la mujer más rápida que he conocido nunca. En general, tardan siglos en comprar cualquier cosa.

—Será porque has estado saliendo con un tipo de mujer equivocado.

Él sonrió.

—Puede que tengas razón... En fin, tenemos que estar en el restaurante a las ocho. Pasaré a recogerte a tu suite e iremos en taxi.

—Muy bien.

Volvieron al hotel y se separaron. Ella subió a la suite a cambiarse de ropa y él se duchó, se afeitó y se puso un traje antes de ir a buscarla.

Cuando le abrió la puerta, le pareció tan guapa que soltó un silbido de admiración.

—Estás preciosa...

—Gracias —dijo, ruborizándose—. Tú tampoco estás mal.

—*Mille grazie*... ¿Nos vamos?

Al llegar al restaurante, Rico mantuvo una conversación breve con el maître para asegurarse de que había entendido lo de la factura y para que los acompañara a su mesa, que resultó ser exactamente la que había pedido: estaba junto a la ventana y tenía una vista impresionante de la ciudad.

Después de la cena, Rico cruzó los dedos para que Ella no se diera cuenta de que la había engañado con la factura; pero se limitó a pagar la cuenta sin ser consciente de que la verdadera era notablemente más alta.

—Muchas gracias por invitarme, Ella.

—Ha sido un placer.

De haber podido, Rico la habría llevado a su ático y habría bailado con ella bajo el cielo estrellado, pero se tuvo que contentar con hacerle el amor en su suite cuando regresaron al hotel.

En uno de sus descansos, dijo:

—Mañana vuelves a Inglaterra, ¿verdad?

—Sí. Mi vuelo sale a las cuatro de la tarde.

—Entonces, tendrás que estar en el aeropuerto hacia la una... ¿Por qué no dejas el equipaje aquí? Los empleados lo guardarán hasta que pases a recogerlo, y luego te llevaré yo mismo.

—¿Estás seguro?

—Completamente. Así podremos aprovechar la mañana —contestó—. Me gustaría enseñarte la Roma subterránea.

—¿Las catacumbas?

Rico asintió.

—No, las catacumbas están lejos. Estaba pensando en una iglesia que se encuentra cerca del Coliseo. Tiene una villa romana en el sótano, y se puede oír el rumor del Tíber cuando paseas por las habitaciones.

—Me parece perfecto.

—Entonces, será mejor que duermas un poco. *Buona notte, bellezza.*

Rico estuvo despierto casi toda la noche, pensando en Ella. Sabía que su relación era una locura; vivían en países distintos y estaba a punto de abrir un negocio que le llevaría casi todo el tiempo. Pero quería conocerla mejor, explorar lo que había surgido entre ellos y averiguar por qué le afectaba tanto.

Solo tenía que encontrar la forma de decirle la verdad. Con suerte, sabría entender que no había mentido con intención de engañarla, sino porque quería que viera al verdadero Rico, no al empresario cargado de millones. Y entonces, quizás, podrían seguir adelante y descubrir lo que el futuro les deparaba.

Después de desayunar, Ella hizo el equipaje y bajó a recepción para pedir que le guardaran las maletas. Rico ya estaba allí, charlando con una de las empleadas. Como hablaban en italiano, no pudo entender lo que decían; pero le pareció extraño que la empleada se dirigiera a un simple guía con tanta deferencia, como si no estuviera hablando con un compañero de trabajo, sino con un jefe.

—¿Puedo ayudarla, *signorina*? —preguntó la recepcionista.

—Ah, sí... *grazzie*. Quería pagar la cuenta.

La recepcionista le dio la cuenta y un recibo con el impuesto que la ciudad de Roma cobraba a los turistas.

—Disculpe... ¿podría decirme quién es el hombre que está ahí? —preguntó Ella, señalando a Rico.

—Es el señor Rossi.

—¿El señor Rossi?

—Sí, el presidente de nuestra cadena de hoteles. Tenemos tres en la ciudad, aunque suele estar aquí.

Ella no supo qué pensar. Le había mentido. Le había hecho creer que era un guía y ahora resultaba que era el dueño del hotel.

Se sintió profundamente traicionada. Había vuelto a cometer el error de confiar en un mentiroso, pero ya no era la misma mujer que había caído en la trampa de Michael. Y aunque sentía algo especial por Rico, no estaba dispuesta a arriesgarse.

Si Rico había mentido en algo tan importante como su trabajo, podría haber mentido en otras muchas cosas. Incluso era posible que no estuviera soltero. ¿Sería el motivo por el que se negaba a pasar las noches con ella? ¿La dejaba sola porque tenía que volver a su casa, con su mujer?

—¿Podría pedirme un taxi, por favor?

La recepcionista asintió.

—Por supuesto, *signorina*. ¿Cuándo lo quiere?

—Ahora mismo.

—En tal caso, ¿le importaría esperar en el vestíbulo? La avisaré en cuanto llegue uno —le prometió.

Ella lanzó una última mirada a Rico y se dirigió al vestíbulo, con la esperanza de que el taxi llegara cuanto antes.

Rico nunca se había arrepentido de vivir en el hotel principal de la cadena Rossi. Le gustaba su trabajo y no le importaba que lo interrumpieran de vez en cuando con algún problema que exigía una solución inmediata, pero aquella mañana se arrepintió amargamente. Y como no había apuntado el número de móvil de Ella, no podía llamarla para avisarle de que llegaría con retraso. Pero podía llamar a su habitación.

—Entonces, has dicho que el señor Banks me está esperando en el despacho, ¿verdad? —preguntó a Gabriella, la empleada que se había dirigido a él.

—En efecto.

—¿Puedes entretenerlo un momento? Tengo que hacer una llamada telefónica.

—Por supuesto, *signor* Rossi. Y gracias por la ayuda.

—*Prego*.

Rico llamó a la habitación de Ella, pero no contestó y supuso que estaría en la ducha o desayunando en el restaurante.

—Gabriella, ¿podrías enviar un mensaje a la *signora* Chandler? Se aloja en la suite nupcial. Dile que llegaré tarde y que estaré con ella tan pronto como me sea posible. Ah, y si quiere tomar un café, añade que invita la casa.

—Naturalmente, *signor* Rossi.

Rico respiró hondo y se dispuso a hablar con el señor Banks. Con un poco de suerte, lo resolvería en unos minutos y podría ir a buscar a Ella.

Ella estaba tan preocupada que no prestó atención al paisaje durante el camino al aeropuerto. ¿Por qué le había mentado? No tenía ni pies ni cabeza. ¿Por qué había fingido ser otra persona, un simple guía?

¿Porque era tan rico y estaba tan aburrido que disfrutaba tomando el pelo a la gente?

Había sido una estúpida. Había confiado en él y se había creído todo lo que le había dicho. Pero el hombre con el que había estado tres días, el hombre con el que había compartido su cama, era una invención.

No tenía más remedio que asumirlo. Se había encariñado de una persona que no existía, de un personaje creado por Rico Rossi, el presidente de los hoteles Rossi; un perfecto desconocido para Ella.

Rico salió de su reunión con el señor Banks con una sonrisa de satisfacción. Era el cliente más difícil con el que se había topado, pero se las había arreglado para solventar el problema.

Respiró hondo y se dirigió al vestíbulo, dando por sentado que Ella le estaría esperando. Sin embargo, no estaba allí.

Frunció el ceño y se acercó a Gabriella, que había vuelto a recepción.

—¿Le has dado el mensaje a la señora Chandler?

—Me temo que no. Mi compañera me ha dicho que ha pagado la cuenta y se ha ido.

—¿Cómo?

—María le ha pedido un taxi...

—¿Un taxi?

—Sí, al aeropuerto.

Rico lanzó una mirada a María, que en ese momento estaba hablando con un cliente.

—¿Podrías decirle a tu compañera que venga a mi despacho en cuanto pueda?

—Por supuesto, *signor* Rossi.

—Gracias.

Rico se dirigió a la oficina, completamente desconcertado por lo sucedido. Y cuando Lina lo vio, arqueó una ceja.

—¿Qué haces aquí? ¿No estabas de vacaciones?

—He cambiado de opinión.

Rico entró en su despacho y cerró la puerta. Diez minutos después, María llamó con suavidad y entró.

—Gabrielle me ha dicho que quería hablar conmigo...

—Así es. Siéntate, por favor.

María se sentó.

—Tengo entendido que has pedido un taxi para la señora Chandler. ¿No ha dejado ningún mensaje para mí?

María frunció el ceño.

—No. ¿Es que pasa algo malo?

—No, no pasa nada. La señora Chandler es... una amiga de la familia. Se suponía que la iba a llevar al aeropuerto, pero surgió el problema del señor Banks y llegué tarde. Cuando Gabriella ha ido a buscarla, ya se había marchado.

—¿Es amiga de su familia? Es curioso, porque me preguntó quién era usted.

—¿Cómo?

—Lo vio hablando con Gabriella y me lo preguntó tal cual —dijo María, confusa—. ¿Cómo es posible?

Rico tuvo que inventarse una mentira a toda prisa, para salir del paso.

—Bueno... es que no nos conocemos personalmente. Mi abuela es amiga de sus abuelos —declaró—. Hablamos por teléfono y me ofrecí a llevarla al aeropuerto, pero si se ha ido, ya no puedo hacer nada. Gracias por tu ayuda, María.

—*Prego*.

María sonrió y salió del despacho.

Rico se recostó en el sillón y ató cabos con rapidez. Obviamente, Ella se había enfadado al saber que no era un guía turístico, sino el presidente de la cadena de hoteles Rossi. Y conociéndola, se habría sentido traicionada.

Pero eso no excusaba su comportamiento. Se había ido sin concederle el beneficio de la duda, pensando que sería un mentiroso y un manipulador, como su exnovio.

Molesto, pensó que era lo mejor para los dos y se dijo que lo suyo había sido una aventura pasajera, una pequeña locura, algo sin importancia. Ella Chandler no era especial. No la necesitaba. No la deseaba. No la echaría de menos.

Volvería a ser el Rico de siempre y sería perfectamente feliz.

Capítulo Cinco

Durante las tres semanas siguientes, Ella estuvo muy ocupada. Se dedicó a visitar las cafeterías y las tiendas de la zona para ver si estarían interesados en sus dulces y organizó la fiesta de presentación de Ella's Cakes, su negocio de pastelería. Fue un trabajo tan agotador que, en circunstancias normales, se habría quedado dormida como un tronco cuando por fin llegaba a casa.

Pero no fue así. No dejaba de pensar en Rico.

¿Cómo era posible que estuviera obsesionada con un hombre que le había mentido? Especialmente, cuando ese hombre no tenía ningún motivo para mentir.

Se estaba volviendo loca, y no podía hacer nada al respecto. Ni siquiera imaginaba que, a varios miles de kilómetros de distancia, Rico se encontraba en la misma situación. Pensaba en ella día y noche y se repetía día y noche que Ella no era importante, que no era especial, que solo ocupaba sus pensamientos porque había herido su orgullo.

Una mañana, le presentaron el proyecto de adquisición de un hotel de Londres, The Fountain, que siempre le había interesado. Rico estaba mirando las cifras cuando se le ocurrió la posibilidad de viajar a la capital inglesa para cerrar el trato. Sería una excusa perfecta para ver a Ella y sacársela de la cabeza de una vez por todas; una ocasión de demostrarse a sí mismo que su relación había sido una simple aventura

Julia alcanzó el folleto que Ella tenía en la mano y lo sustituyó por una copa de vino.

—No necesito una copa —protestó.

—Por supuesto que la necesitas. Anda, echa un trato... te sentirás mejor.

—Estoy bien...

—Te conozco desde que teníamos diez años, y sé cuándo estás mal —declaró su amiga—. Aunque no sé por qué te preocupas tanto. La fiesta estará llena de gente. Ya lo verás.

—Eso espero, porque tenemos tanta comida y bebida que, de lo contrario, los patos de la zona se van a dar un festín.

Julia rio.

—Los patos no tienen ninguna oportunidad. Cuando la gente pruebe tus dulces, no podrán dejar de comerlos.

Ella dejó la copa a un lado y abrazó a su amiga.

—Gracias, Julia. No sabes cuánto agradezco tu apoyo. Eres la hermana que nunca tuve.

—Y tú, la que no tuve yo.

Los ojos de Ella se llenaron de lágrimas.

—Oh, Dios mío... estoy tan nerviosa que tengo miedo de hacer el ridículo.

Julia le dio una palmadita.

—Lo harás muy bien. Has estado trabajando tanto que es normal que estés cansada y te sientas insegura. A fin de cuentas, hoy es un gran día para ti; tu sueño se va a hacer realidad... Venga, echa un trago de ese vino y respira hondo —la animó—. Y recuerda que tus tartas son las mejores del mundo.

Esta vez, Ella hizo caso a Julia y probó el vino.

—¿Te sientes mejor?

—Sí, un poco.

—Pues entonces, sonrío...

Ella sonrió y se puso a repasar la lista de las cosas que tenía que hacer.

El salón estaba lleno de gente que charlaba, reía y comía dulces. Rico miró a la mujer que se dedicaba a rellenar los platos de los invitados y pensó que la fiesta de presentación de Ella era todo un éxito.

Solo tardó unos segundos en localizarla; estaba al otro lado de salón, hablando con un cliente y apuntando cosas en una libreta. En cuanto la vio, Rico sintió un acceso de deseo tan intenso que decidió acercarse al bufé y tomarse un café para aclararse las ideas y recuperar el sentido común.

Mientras se lo tomaba, intentó convencerse de que su reacción física era una consecuencia natural de su largo periodo de abstinencia. No se había acostado con nadie desde que Ella se marchó. Y por supuesto, no se iba a rendir a la tentación de acercarse, tomarla entre sus brazos y besarla.

Alcanzó una de las tartaletas y se la llevó a la boca. Le bastó un mordisco para llegar a la conclusión de que su turista inglesa había perdido el tiempo al dedicarse a la contabilidad. Tenía un talento verdaderamente increíble para los dulces.

Justo entonces, Ella giró la cabeza y vio a Rico. Al principio, pensó que la imaginación le estaba gastando una mala pasada. Rico estaba en Roma, a miles de kilómetros de distancia. No tenía motivos para viajar a Inglaterra y presentarse en la fiesta de inauguración de su negocio; especialmente, porque no lo había invitado.

Pero era él. No había ninguna duda.

Guardó la libreta y el bolígrafo, pidió disculpas al cliente con quien estaba hablando y caminó.

—¿Qué estás haciendo aquí, Rico? —preguntó, intentando mantener la calma.

—Tenemos un asunto pendiente, Ella.

—No, no lo tenemos.

Él entrecerró los ojos.

—Te fuiste de Roma sin despedirte.

—Porque me habías mentido. ¿Qué esperabas? ¿Una felicitación?

Rico suspiró y dijo:

—Tenemos que hablar.

Ella se acordó de Michael y maldijo a Rico para sus adentros. Estaba convencida de que, al igual que Michael, intentaría confundirla con su encanto y su palabrería para que viera las cosas desde su punto de vista. Pero no iba a cometer el mismo error.

—No tenemos nada que hablar.

—¿Va todo bien?

Una mujer alta y esbelta se detuvo junto a Ella y la miró con preocupación.

—Sí, claro que sí —respondió Rico con una sonrisa—. Los dulces de Ella son increíbles... precisamente le iba a pedir que me preparara uno especial.

La mujer no se dejó engañar por Rico. Notó la tensión del ambiente y declaró:

—Déjeme eso a mí. Ella está agotada.

—No te preocupes, Julia, no pasa nada.

—¿Estás segura?

—Por supuesto.

—Está bien. Pero si me necesitas, llámame.

Julia miró a Rico con cara de pocos amigos y se fue.

—¿Quién era? ¿Tu perro guardián?

—Mi mejor amiga —respondió Ella—. ¿Qué diablos quieres, Rico? ¿Qué haces aquí?

—He venido para ofrecerte un negocio.

—No estoy para juegos... —le advirtió.

—Ni yo. Estoy considerando la posibilidad de comprar un hotel de Londres; si al final lo compro, organizaré una fiesta de inauguración... y en ese caso, me gustaría que prepararas los dulces.

Ella sacudió la cabeza, disgustada.

—Pero solo es una posibilidad...

—De momento, sí.

—Por Dios, Rico, ¿cuándo vas a dejar de mentir?

—No he mentido nunca.

Ella se cruzó de brazos.

—¿Ah, no? Me dijiste que eras guía turístico.

—Y ese día, era verdad. De vez en cuando, salgo del despacho y ejerzo distintos trabajos del hotel para ver lo qué se puede mejorar desde el punto de vista de los clientes y de los propios trabajadores. El día en que te conocí, era un guía turístico.

—¿Y los días siguientes?

Él suspiró.

—Ella, este no es el sitio más adecuado para explicarte nada. ¿Qué vas a hacer cuando termines? ¿Puedo invitarte a cenar?

—¿Para qué?

—Para continuar esta conversación.

—Yo...

—Tenemos asuntos pendientes —repitió él con paciencia—. Lo sabes de sobra.

—No, Rico.

Rico decidió dejar las palabras para otro momento y ser más persuasivo. Se inclinó y le dio un beso en los labios. Fue breve y simplemente cariñoso, pero bastó para Ella se estremeciera de placer.

—¿Lo ves? Y solo ha sido una caricia... Si te besara bien, te olvidarías de que estás en una fiesta llena de gente. Los dos nos olvidaríamos —declaró—. Eso es lo que quiero decir al afirmar que tenemos asuntos pendientes.

Ella tragó saliva.

—Estoy trabajando —dijo en voz baja.

—Lo sé. Pero podemos cenar esta noche.

Ella cerró los ojos durante unos momentos y asintió.

—Está bien. Cenaré contigo.

Rico sonrió.

—Entonces, te veré más tarde. Y por cierto, tus tartaletas están buenísimas...

Un segundo después, él le guiñó un ojo y desapareció entre la multitud.

Ella se estaba tomando un café para tranquilizarse cuando Julia volvió a su lado.

—¿Quién era ese hombre?

—Es una historia larga.

—Pues cuéntamela después.

—No puedo. He quedado para cenar con Rico.

Julia arqueó una ceja.

—¿Rico? Es un nombre italiano... ¿Lo conociste en Roma?

—Sí.

—Y te acostaste con él...

—Sí, eso me temo.

Julia la miró con recriminación.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—Porque es... complicado.

Su amiga entrecerró los ojos.

—No será otro Michael, ¿verdad?

—No, Rico no se parece nada a Michael.

—Pero sabe que te ha tocado la lotería.

—Eso es irrelevante para él. Tiene tanto dinero que podría comprar diez negocios como el mío.

—Pues si no quiere tu dinero, ¿qué quiere?

—Ahora mismo, no tengo la menor idea.

Obviamente, Ella no fue sincera con su amiga. El beso que Rico le había dado no dejaba lugar a dudas sobre sus intenciones. La deseaba y ella lo deseaba a él. Pero seguía convencida de que no era digno de su confianza; de hecho, había aceptado la invitación a cenar porque le quería pedir que la dejara en paz.

A pesar de su inquietud, se las arregló para seguir adelante con la fiesta de inauguración. Ya se habían ido los invitados cuando oyó un ruido procedente de la parte trasera del local que la dejó desconcertada; si Julia estaba en el salón, recogiendo los platos y los vasos, ¿quién estaba en la cocina?

Su desconcierto se transformó en asombro unos momentos después.

Rico estaba lavando los platos, con la camisa remangada.

—¿Qué haces aquí?

—Creo que es evidente, *bellezza*.

—Sí, pero...

—Cuanto antes termines aquí, antes podremos cenar —la interrumpió—. Es bastante lógico, ¿no te parece?

—Supongo.

Él frunció el ceño.

—Pareces cansada.

Julia, que acababa de llegar con más platos, replicó:

—¿Cómo no va a estar cansada? No ha dejado de trabajar desde que volvió de Roma.

—Entonces, será mejor que dejemos el restaurante para otra noche —comentó Rico—. Si tienes huevos y lechuga, te prepararé una tortilla y una ensalada.

—Yo...

Ella no fue capaz de decir nada. Su cansancio era tan grande que no podía ni pensar.

—Anda, siéntate.

—No puedo. Tengo que seguir limpiando.

—Déjame eso a mí.

Rico la sentó, le sirvió una taza de café y se fue con Julia al salón, a seguir recogiendo.

—¿Os conocisteis en Roma? —preguntó ella.

—Sí.

—¿Y has venido a Londres para verla?

—No exactamente. He venido por un asunto de negocios, pero me enteré de que organizaba su fiesta de inauguración y decidí pasarme.

—Hum...

Rico se dio cuenta de que la amiga de Ella desconfiaba de él, aunque su actitud mejoró a medida que limpiaban el local. Cuando por fin terminaron, se ofreció para llevarla a su casa; pero sacudió la cabeza y dijo que vivía a dos paradas de metro.

Al cabo de un par de minutos, Julia se fue a su casa. Rico volvió a la cocina y abrió el frigorífico sin pedirle permiso a Ella.

—Te voy a preparar algo de comer.

—No tengo hambre.

—Tonterías. Tienes que recuperar las fuerzas. Especialmente, si has estado trabajando demasiado.

Rico le preparó la ensalada y la tortilla que le había prometido y se sentó a la mesa para asegurarse de que se lo comía todo.

—¿Tú no vas a cenar nada? —preguntó Ella.

Él sacudió la cabeza.

—Comeré después. No suelo cenar tan temprano.

Ella se lo comió todo sin rechistar. Entonces, él limpió la mesa, lavó los platos y dijo:

—Te llamaré mañana por teléfono. Podemos comer o cenar... lo que te venga mejor.

—¿Qué prefieres tú?

—Me da lo mismo.

Rico le acarició la mejilla y la miró con ternura antes de despedirse.

—Buenas noches, *bellezza*. Que duermas bien.

Ella estaba segura de que no dormiría bien, pero se equivocó. Se quedó dormida en cuanto se tumbó en la cama, y fue un sueño tan profundo que, cuando sonó la alarma del despertador, tuvo la sensación de que solo había pasado un momento.

Se duchó, se vistió y se dirigió a la cocina, donde se preparó un café.

Justo entonces, sonó el teléfono.

—¿Dígame?

—*Buongiorno, bellezza*.

Ella se estremeció al oír aquella voz sexy y densa como el chocolate.

—Buenos días...

—¿Qué vamos a hacer la final? ¿Comemos? ¿O cenamos?

—¿Estás seguro de que tenemos algo que decirnos?

—Por supuesto.

Ella suspiró.

—Entonces, cenemos.

—Muy bien. Te recogeré a las ocho.

Rico cortó la comunicación antes de que pudiera protestar. Ella no estaba más segura de él que la noche anterior, pero se sintió como si, súbitamente, el mundo fuera más bello, más alegre y más luminoso.

—Recuerda que te mintió —se dijo en voz alta—. Puede que te guste mucho, pero te mintió. No lo olvides.

Ella volvió a la mesa y se terminó el café. No iba a permitir que Rico le hiciera daño. No iba a repetir la experiencia de Michael.

Desgraciadamente, solo había una forma de conseguirlo: alejarse de él.

Capítulo Seis

Ella consiguió concentrarse en el trabajo y pasar el día sin demasiados sobresaltos. Pero a las siete y media de la tarde, se empezó a poner nerviosa.

No sabía adónde la iba a llevar ni, en consecuencia, qué se debía poner. Al final, optó por uno de los trajes que se ponía en la empresa para la que había trabajado. Era bastante formal; perfecto para servirle de armadura.

A las ocho en punto, llamaron al timbre.

Rico también se había puesto un traje, y Ella se quedó sin aliento cuando lo vio. Estaba más guapo que nunca. La tela oscura, combinada con una camisa blanca y una corbata de seda, enfatizaba ferozmente su atractivo.

—Estás preciosa —dijo, desarmándola.

—Gracias... ¿Adónde vamos?

—A mi hotel.

Ella se estremeció. Sabía que, si la llevaba a un lugar íntimo, no sería capaz de resistirse a sus encantos.

—Habla en mi suite y pediré que nos suban la cena.

—¿Y si no me parece bien?

—Por Dios, Ella... solo vamos a hablar —respondió—. Me ha parecido que el hotel es un sitio razonablemente neutral.

—Está bien...

Ella cerró la puerta y lo siguió hasta el taxi que estaba esperando en la calle. Rico no inició ninguna conversación y, como Ella no sabía qué decir, se mantuvo en silencio durante todo el trayecto.

Por fin, se detuvieron delante del hotel Fountain, en Bloomsbury.

—¿Este es el hotel que vas a comprar?

—Es posible.

Rico pagó al taxista y la ayudó a salir del coche.

—Oh, vamos... ¿ni siquiera puedes decirme si vas a comprar ese hotel? ¿Qué crees, que se lo voy a decir a todo el mundo?

—No, supongo que no.

Ella suspiró.

—¿Qué estás haciendo aquí, Rico? Dime la verdad.

—Ya te lo he dicho. Tenemos asuntos pendientes.

Entraron en el edificio y caminaron hasta el ascensor del vestíbulo.

Poco después, Rico abrió la puerta de su suite y la invitó a entrar. Ella se sintió mejor al comprender que iban a cenar en el salón; si hubieran estado demasiado cerca de la cama, habría sido incapaz de frenarse.

—¿Te apetece un café? ¿Una copa de vino?

Ella sacudió la cabeza y se sentó en el sofá. Él se acomodó en uno de los sillones.

—No, gracias —contestó—. ¿Por dónde empezamos?

—Por tu huida de Roma. ¿Por qué te fuiste así?

—Lo sabes perfectamente. Descubrí que me habías mentado, y detesto a los mentirosos —

declaró, alzando la barbilla.

—Pero yo no soy un mentiroso, Ella.

—Me hiciste creer que eras guía.

—Y lo era. Pero ya te he explicado eso.

—¿Por qué no me lo dijiste después?

Él carraspeó.

—Porque pensé que cambiarías de actitud.

Ella frunció el ceño.

—¿De actitud?

—Sí. Tuve miedo de que dejaras de verme como un hombre normal y corriente y empezaras a ver al presidente de la cadena de hoteles Rossi.

—¿Es que son personas distintas? —preguntó, sin entender nada.

—Te hiciste amiga de un guía turístico, de un hombre sin dinero. Yo te gustaba por lo que era, no por lo que tenía.

—Rico... me ofende que me creas tan superficial. Yo no juzgo a la gente por el estado de su cuenta bancaria.

Rico se pasó una mano por el pelo, nervioso.

—Lo sé, y lo siento. No pretendía insinuar otra cosa —se defendió—. Pero he tenido experiencias tan malas en el pasado que... Ella, solo quiero decir que era feliz contigo. Me sentía muy bien, y no estaba dispuesto a renunciar a eso.

—Así que me tomaste por una cazafortunas. Creíste que cambiaría al saber que eras rico.

—Yo...

—Eso es aún peor de lo que pensé.

—¿Y qué pensaste?

Ella se encogió de hombros.

—Que eras el típico niño rico, mimado y egoísta que trata a la gente como si fueran juguetes. Pensé que te habías reído de mí.

—Ahora eres tú quien me ofende. Soy rico, sí; y quizás, más egoísta de la cuenta. Pero jamás juego con los sentimientos de las personas. Y nunca me reiría de ti.

Rico se detuvo un momento y sonrió.

—Irónicamente —continuó—, estaba a punto de decirte la verdad. Sabía que ni tú ni yo buscábamos una relación seria, pero éramos felices y nos llevábamos bien. Iba a pedirte que nos siguiéramos viendo. Pero reaccionaste de forma exagerada, Ella. No era para tanto.

—Mentiste, Rico. Y si mentiste con tu trabajo, es posible que mintieras sobre algo más... ¿Cómo saber si es verdad que estás soltero, por ejemplo? No puedo confiar en ti.

—Todo el mundo miente alguna vez, pero eso no los convierte en mentirosos compulsivos —alegó—. Estoy soltero, Ella. Jamás mentiría en un asunto tan importante.

Rico la miró con expresión pensativa y añadió:

—¿Quién te ha hecho tanto daño? ¿Quién te mintió hasta el extremo de que ahora ves fantasmas donde no los hay? ¿Tu exnovio?

—Sí. Pero fui tan estúpida que no me di cuenta.

—Tú no eres estúpida. Seguramente te ofrecía lo que deseabas y preferiste no hacer preguntas. Es habitual.

—En tal caso, fui una crédula.

—Eres demasiado dura contigo... ¿Qué pasó, Ella?

—Olvidalo, Rico.

—Guardarse las cosas es un error —continuó él—. Si escondes tus heridas, no se podrán curar.

Ella pensó que tenía razón. Y pensó que, tal vez, si se lo contaba, se sentiría mejor y podría seguir adelante con su vida.

—Cuando terminó la carrera, Michael dedicó tres años enteros al doctorado. Estaba demasiado ocupado para trabajar, pero a mí no me importaba... ganaba suficiente para los dos y, además, creía que me quería. Un día, decidí darle una sorpresa y llevarle la comida a la universidad. Lo encontré con una chica. Mientras hacían el amor.

—Oh, Dios mío. Y supongo que tú no imaginabas nada...

—En absoluto. Creía que estaba enamorado de mí —explicó—. Pero solo me estaba usando para que pagara sus facturas... ¿Sabes lo que dijo después? Que era culpa mía. Que yo no sabía satisfacerlo.

Rico la tomó de la mano y le dio un beso.

—No fue culpa tuya, Ella. Es obvio que solo dijo eso para defenderse...

Ahora entiendo que desconfiaras de las cartas que te envió cuando te tocó la lotería. Me alegra que no te dejaras engañar.

—Ya sabía que no podía confiar en él. Pero, al parecer, sigo siendo una idiota. Creí todas las mentiras que me contaste, empezando por el ático que supuestamente pertenecía a un amigo tuyo.

—Eso tampoco fue exactamente una mentira. Ese amigo existe, soy yo —dijo—. Pero sé que hice mal, y te pido disculpas.

—¿Y el restaurante al que me llevaste aquella noche? ¿También es tuyo?

—No, aunque admito que me llevo muy bien con el propietario. Estudiamos juntos, así que le llamé por teléfono y le pedí que me reservara una mesa.

—Que te reservara una mesa y que me presentara una factura lo más baja posible —puntualizó Ella—. Como pagué con tarjeta, no le presté atención. Pero luego, al comprobar mi cuenta bancaria, me di cuenta de que era demasiado baja para un restaurante tan elegante.

Rico suspiró.

—Sí, admito que fue cosa mía. Sabía que era un restaurante muy caro y no quería que te cobraran una fortuna.

—¿Por qué? Te dije que tenía dinero de sobra...

Él arrugó la nariz.

—No lo sé... supongo que estoy acostumbrado a pagar yo. Pero tienes que creerme, Ella. El día en que nos conocimos, yo era realmente un guía turístico. Si hubieras llegado en otro momento, quizás me habrías visto en el papel de camarero o de empleado de la limpieza.

Ella parpadeó.

—¿En serio? ¿También limpias las habitaciones?

—Hago de todo. Incluso trabajo en la cocina.

—Pero si eres el presidente de la cadena... ¿Por qué haces eso?

—Precisamente porque lo soy. Como te dije, es una buena forma de conocer las necesidades de los clientes y de los trabajadores. Y mi plantilla me respeta más porque sabe que no soy el típico jefe que dirige una empresa desde su torre de marfil, sino un hombre que está a su lado y que trabaja de verdad.

—En eso, te creo. Noté que la recepcionista te respetaba mucho.

—Entonces, créeme también cuando te digo que no pretendía engañarte... Fue algo sin

importancia.

—Fue una mentira.

—Sin importancia —insistió con firmeza—. Pero tu exnovio te dejó tan marcada que ni siquiera me concediste el beneficio de la duda... ¿O es que hay algo más que no me has dicho?

—Michael no es la única persona que me ha mentido y traicionado. Al parecer, soy un imán para ese tipo de gente.

—¿Y si te doy mi palabra de que no te volveré a mentir? ¿De que a partir de este momento te diré la verdad, solo la verdad y nada más que la verdad?

—Haces que suene como si te estuviera sometiendo a un juicio...

—¿Y no es verdad?

Ella suspiró.

—No importa, Rico. Lo que vivimos en Roma fue una simple aventura.

—Lo sé. Tres días de diversión. Los dos sabíamos que no volveríamos a vernos.

—Y no obstante estás aquí, en Londres. No tengo tiempo para mantener una relación. Acabo de abrir mi negocio y voy a estar muy ocupada.

—Lo sé. Y a decir verdad, yo tampoco tengo tiempo... tengo que terminar de construir mi imperio —dijo.

—¿Ese es el gran sueño del que no me quisiste hablar en Roma? ¿Un imperio de hoteles? ¿O una dinastía?

—No, nada de dinastías. No quiero familia.

Rico lo dijo con tanta vehemencia que le despertó la curiosidad a Ella.

—¿Tan mal te llevas con la tuya?

—Digamos que vemos las cosas de distinta forma.

—Pero seguro que tus padres estarán orgullosos de ti...

—Sinceramente, desconozco si lo están. No hablamos casi nunca —le confesó—. ¿Y tú? Sé que perdiste a tu madre, pero... ¿qué me dices de tu padre? ¿Y tus abuelos? ¿Siguen con vida?

—Mi padre abandonó a mi madre, que me crio sola. No tengo más familia; pero afortunadamente, tengo buenos amigos.

Él sonrió.

—Nos parecemos más de lo que sospechaba, Ella.

—Tú y yo no nos parecemos en nada. Somos de mundos muy diferentes —le recordó—. Tú eres un hombre tan rico que el dinero que me tocó en la lotería es calderilla para ti.

—¿Y qué importancia tiene eso? Tú misma has dicho que el dinero es irrelevante.

—Por supuesto. Lo que importa es el carácter y la forma en que tratas a los demás.

—Estoy completamente de acuerdo contigo. Pero volviendo a lo nuestro, a nuestra relación...

Rico alzó una mano y le acarició la cara.

—¿Estás segura de que quieres poner fin a esto?

—¿Sinceramente? No.

Rico no esperó más. La tomó entre sus brazos y la besó apasionadamente. Luego, le desabrochó la chaqueta y metió las manos por debajo de su camisa, hasta llegar a sus senos. Ella gimió y se arqueó.

—Tu piel es tan suave... —Rico la acarició por encima del sostén—. Necesito verte.

—Y yo.

Rápidamente, le quitó la chaqueta y la camisa y le desabrochó el sujetador, que cayó al suelo. Ella cerró los ojos y echó el cuello hacia atrás, ofreciéndose. Rico cerró la boca sobre uno de sus

pezones y lo succionó con tanta intensidad que le arrancó un grito de placer puro.

Pero no era suficiente. Necesitaba más, mucho más.

Entonces, él se apartó y dijo:

—Ella, si no nos paramos ahora...

—Lo sé, pero si nos paramos, me volveré loca.

Rico la tomó de la mano y la llevó a su dormitorio. Ella le soltó la corbata, le desabrochó la camisa y, por último, le quitó la chaqueta del traje. Pero era una prenda de tan buena calidad que no la quiso dejar en el suelo.

—Deberías colgarla —declaró—. Seguro que te ha costado una fortuna.

—Olvídate de mi chaqueta. Solo quiero que me desnudes; y a ser posible, antes de cinco segundos... pero antes, quítate la falda.

—¿No eres un poco mandón?

—Solo es una sugerencia. Que puedes aceptar o rechazar.

—Entonces, me estás ofreciendo una relación entre iguales...

—Naturalmente, Ella. Y ahora, ¿qué tal si dejas de hablar y me das un beso?

—Pídelo por favor.

Rico suspiró.

—Por favor, Ella.

—Así está mejor.

Entre los dos, se quitaron el resto de la ropa. Luego, él le soltó el pelo y la tumbó en la cama, donde se empezaron a acariciar. Al cabo de unos momentos, Rico le metió una mano entre las piernas y la masturbó suavemente.

—¿Te gusta? —susurró.

—Sí. Pero quiero más.

—Y yo.

Ella cerró los ojos, preparándose para recibirlo; y se llevó una sorpresa cuando los volvió a abrir y vio que ya no estaba a su lado.

—¿Rico?

—Estoy buscando los preservativos.

Rico sacó la cartera de los pantalones, buscó un preservativo a toda prisa y se lo puso. A continuación, volvió a la cama, se arrodilló entre sus piernas y le robó un beso antes de decir:

—Perfecto. Es justo como te quería ver... con el pelo suelto sobre la almohada, *bellezza*. Y conmigo dentro de ti.

La penetró y se empezó a mover; primero despacio y, después, con más intensidad. En determinado momento, aumentó el ritmo como si hubiera perdido el control y avivó el fuego que ardía en ella hasta que no tuvo más opción que rendirse al orgasmo. Solo entonces, él se dejó llevar y alcanzó el clímax.

Tras unos instantes de relajación, Rico se levantó y se dirigió al cuarto de baño para tirar el preservativo usado. Cuando volvió a la cama, Ella tenía una expresión tan seria que se preocupó.

—¿Qué ocurre?

—No lo sé... me siento como si hubiera hecho algo malo. No estoy acostumbrada a perder el control de esa forma —le confesó.

Él le dio un beso.

—No has hecho nada malo, Ella. Es absolutamente natural... te aseguro que a mí me pasa lo mismo contigo. Soy incapaz de controlarme.

—Sí, supongo que tienes razón.

Rico le dedicó una sonrisa encantadora.

—Pero si quieres culpar a alguien, culpame a mí. Al fin y al cabo, se suponía que íbamos a cenar, no a hacer el amor en mi dormitorio.

—¿Y qué vamos a hacer ahora?

—Lo que tú quieras.

Capítulo Siete

Ella suspiró, confundida.

—Lo que yo quiera... —repitió—. Pero no sé lo que quiero.

—Bueno, podemos empezar por lo que sabemos con certeza. Ni tú ni yo queremos una relación seria. No tenemos tiempo.

—No, no lo tenemos.

—Y sin embargo...

—¿Sin embargo?

—Nos llevamos muy bien. Físicamente bien.

Ella entrecerró los ojos.

—¿Qué me estás proponiendo?

—Voy a estar en Londres una temporada. Podríamos vernos y explorar lo que hay entre nosotros. Sería una especie de amistad... con derecho a roce.

—Salvo por el hecho de que no somos amigos.

—Bueno, pues conocidos con derecho a roce —puntualizó.

—Tienes salida para todo, ¿verdad?

Rico se encogió de hombros.

—No, solo quiero retirar los obstáculos que nos separan.

—Para ofrecerme una relación sexual que terminará cuando te vayas de Londres.

—Dicho así, suena muy duro...

—Pero es la verdad.

—Supongo que sí. Como ya he dicho, los dos estamos ocupados y no buscamos una relación; pero es evidente que hay algo entre nosotros... algo mágico.

Ella no lo negó.

—¿Qué quieres hacer? —continuó Rico.

—No lo sé. Pensaba que quería expulsarte de mi vida, y mira lo que ha pasado. He terminado desnuda y en tu cama.

—A mí me ocurre lo mismo, Ella. Estoy en la misma situación.

—Entonces, ¿qué hacemos? ¿Separarnos?

—¿Quieres que nos separemos?

—Sería lo más sensato, ¿no?

Rico la miró a los ojos. Sabía que se sentía tan atrapada como él.

—Siento no haber sido sincero desde el principio. He complicado las cosas.

—Bueno, no voy a negar que me molestó mucho, pero ahora sé que no lo hiciste con mala intención.

—Por supuesto que no.

Rico estuvo tentado de volverla a besar, pero se contuvo.

—Será mejor que nos vistamos y que vayamos a cenar —siguió diciendo—. Aunque tengo la sensación de que la ropa va a estar algo arrugada.

Ella se mordió el labio.

—Oh, no lo había pensado... la gente nos mirará cuando lleguemos al restaurante y sacará sus propias conclusiones.

—Quizás sea mejor que retomemos mi plan original. Podemos llamar al servicio de habitaciones y cenar en el salón de la suite. Así estaremos solos.

—Buena idea.

Él alcanzó el menú del hotel, que estaba en la mesita de noche, y se lo dio.

—Elige lo que más te guste.

Rico entró en el cuarto de baño, se duchó y salió al cabo de un par de minutos con una toalla alrededor de la cintura. Después, recogió la ropa y la dejó amontonada en una silla.

—Dúchate si quieres. Yo hablaré con recepción y les pediré que limpien y planchen tu ropa mientras cenamos.

Ella palideció.

—Pero entonces sabrán que tú y yo hemos...

—Oh, vamos. Nos hemos limitado a hacer lo que la gente hace constantemente en los hoteles —le recordó—. Pero, si te vas a sentir mejor, diré que te has manchado el traje.

—No, no te molestes.

—Por cierto, ¿ya sabes lo que quieres cenar?

—Sí, tomaré salmón; y de postre, fresas con chocolate.

—Buena idea.

Ella se levantó de la cama y entró en el servicio, aunque lo que realmente le apetecía era ducharse con Rico y volver a hacer el amor.

Cuando terminó de ducharse, se puso un albornoz y se dirigió al salón de la suite. Él ya se había vestido.

—Gracias por encargarte de mi ropa, Rico.

—*Prego* —dijo él.

Ella lo miró y sonrió.

—¿Siempre eres tan cuidadoso con tu forma de vestir?

—¿A qué refieres?

—A que siempre llevas camisa blanca y siempre está inmaculadamente limpia y planchada? Tu factura de la tintorería debe de ser enorme.

—¿Qué te hace pensar que no lavo y plancho yo?

—Que no tienes tiempo para esas cosas.

Rico arqueó una ceja.

—¿Lo dices como contable preocupada con los gastos?

—No, en modo alguno. Yo me plancho mis cosas, pero solo porque es un momento perfecto para pensar —respondió—. Además, ya no soy contable.

—Intentaré recordarlo —dijo con ironía.

—Entonces, ¿vas a comprar este hotel?

—Es posible, sí.

—¿Por qué Londres?

—Porque ya tenemos cuatro hoteles en Roma. Si comprara alguno más, competiría contra mi propia empresa.

—Y quieres llevar tu negocio a otro país...

—Bueno, reconozco que tengo planes en ese sentido. Londres, París y, si todo sale bien, Viena.

—Así que ese es tu sueño... ser un magnate de los hoteles.

—Más o menos. Pero este hotel me gusta de verdad. Es grande, elegante y sus instalaciones

son buenas. Si las cifras cuadran, me quedaré con él.

—¿Y si no cuadran?

Él se encogió de hombros.

—Buscaré otros hoteles —contestó—. Al igual que tú, siempre tengo un plan alternativo... Pero hablando de negocios, ¿qué tal ha ido tu primer día?

—Bastante bien. Nos han hecho unos cuantos pedidos y hemos cerrado un acuerdo con un par de cafeterías de la zona.

Momentos después, llamaron a la puerta. Era un camarero del servicio de habitaciones, que les sirvió la cena y se llevó la ropa de Ella para entregársela al departamento de limpieza. La comida estaba excelente; y cuando terminaron, se sentía tan relajada que incluso había olvidado que él estaba vestido y ella, en albornoz.

Pero soltó un suspiro de alivio cuando el camarero volvió para servirles el café y devolverle el traje, que ya habían planchado.

—No te vistas todavía —dijo Rico—. Ven conmigo al sofá.

Ella se sentó junto a él y se acurrucó a su lado, apoyando la cabeza en su hombro.

—Háblame de Julia.

—¿De Julia?

—Sí, de tu amiga...

—Nos conocimos cuando teníamos diez años.

—Y es profesora y cinéfila, ¿verdad?

Ella lo miró con sorpresa. No esperaba que lo recordara.

—Sí, en efecto.

—Parece que os lleváis muy bien.

—Julia es como la hermana que nunca tuve —explicó. Soy hija única. Mi madre mantenía una relación con un hombre casado, que la dejó embarazada de mí. Cuando se enteró de que estaba esperando un hijo, se desentendió y la abandonó.

—Menuda situación...

—Y qué lo digas. Especialmente, porque mis abuelos no reaccionaron bien cuando supieron que su hija iba a ser madre soltera. Eran personas muy conservadoras, con ideas rígidas.

—No me digas que la dejaron en la estacada.

—Eso me temo. Le retiraron su apoyo y la dejaron en la calle; pero mi madre se buscó un piso y se puso a trabajar... tuvo una vida muy dura.

Llegó a tener tres empleos a la vez, tan mal pagados que apenas llegaban para sobrevivir.

—Y por eso te hiciste contable, claro. Para no volver a pasar dificultades.

Ella asintió.

—No estuvo tan mal... ganaba bastante dinero y podía preparar dulces en mi tiempo libre. Me siento muy afortunada por tener ocasión de dedicarme a lo que me gusta. Solo lamento que mi madre no lo pueda ver. Y que ya no le pueda dar la seguridad económica que quería y que nunca tuvo.

Él frunció el ceño.

—¿Insinúas que tu padre no la ayudó con tu manutención?

—Por supuesto que no, aunque mi madre no habría aceptado su dinero. Cuando era niña, envidiaba a mis amigas porque tenían padre y les regalaban cosas. Y yo ni siquiera tenía un tío. Pero ahora me alegro de que ese hombre no formara parte de mi vida.

—No me extraña. Os dejó abandonadas.

—Fue peor que eso. Cuando mi madre murió, encontré treinta y seis cartas. Todas contenían una fotografía mía, de todos los cumpleaños y todas las Navidades desde que nací. Por los sellos de Correos, supe que se las había enviado a mi padre y que se las había devuelto sin abrir. Incluso se tomó la molestia de enviárselas a su despacho, para que su esposa no las viera. Pero no sirvió de nada.

—Treinta y seis cartas... y tú tienes veintiocho, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces, faltan algunas. Puede que se las quedara él.

Ella sacudió la cabeza.

—No, es que mi madre dejó de escribirle cuando cumplí dieciocho.

—Comprendo.

—Ahora ya sabes por qué no tengo familia. Seguro que tengo primos o incluso hermanastros, pero nunca se han puesto en contacto conmigo. Y sinceramente, no me importa. No los necesito —afirmó.

—¿Y tus abuelos? ¿Cambiaron de actitud cuando tu madre te tuvo?

Ella sacudió la cabeza.

—No. Mi madre intentó mantener el contacto, pero nunca quisieron saber nada de mí. Y ya es tarde para reconciliaciones. Murieron hace tiempo.

Él le pasó un brazo por encima de los hombros. Rico la miró con una intensidad extraña durante un par de segundos, como si él hubiera pasado por una situación parecida. Pero su expresión desapareció rápidamente tras una sonrisa, y Ella se sorprendió diciendo:

—¿Te veré mañana?

—¿A qué hora terminas?

—No estoy segura. Supongo que a última hora de la tarde —respondió—. Mañana tengo mucho trabajo.

—¿A qué hora te tienes que levantar?

—A las cinco y media de la mañana...

—Entonces, será mejor que te vayas a casa. Vístete en mi dormitorio si quieres... entre tanto, pediré un taxi.

—Gracias.

Ella se acababa de vestir cuando Rico entró en la habitación.

—Han llamado de recepción. El taxi está en la puerta del hotel. Buenas noches, *bellezza*. Que duermas bien.

Capítulo Ocho

El despertador sonó a las cinco y media de la mañana siguiente. Ella despertó con una sonrisa en los labios. Había conseguido lo que quería: ser su propio jefe, decidir sobre su propio tiempo y estar a cargo de todo. Y como su trabajo le gustaba mucho, ni siquiera le molestaba tener que madrugar.

Se levantó, se duchó, desayunó y se puso manos a la obra. Preparó los dulces para las cafeterías de la zona con las que había firmado un acuerdo y, mientras se enfriaban, metió unas tartaletas en el horno. A

continuación, decoró los dulces y, después, hizo unas rosas de azúcar y caramelo para una tarta.

Estaba limpiando la cocina cuando sonó el teléfono.

—*Buongiorno...*

—Hola, Rico.

—¿Ya has terminado?

—Sí. ¿Vas a venir ahora?

—Si no estás muy ocupada...

—No, ya he hecho lo que tenía que hacer.

—Entonces, nos vemos dentro de unos minutos.

Rico apareció poco después. Al ver las rosas de azúcar, dijo:

—Son perfectas... y de aspecto muy delicado.

—Las he hecho para una tarta de bodas que me encargaron hace unas semanas.

—¿Cuánto tiempo tardas en preparar una de esas tartas?

—Cuando son de tamaño normal y no llevan una decoración especialmente compleja, un día —respondió—. Pero si llevan estructura...

—¿Estructura?

—Sí, algunas tartas son tan altas o tan pesadas que necesitan una estructura interna para no hundirse.

—Nunca habría imaginado que tu negocio fuera tan interesante. No se parece nada a mi trabajo.

—No es tan difícil. En última instancia, solo se trata de crear un sueño con azúcar, mantequilla, huevos y harina —explicó, sonriendo—. ¿Y bien? ¿Qué quieres hacer esta noche?

—¿Lo preguntas en calidad de amante? ¿O de conocida?

Ella se ruborizó.

—De conocida, Rico. No me acuesto con el primero que se cruza en mi camino.

—Ni yo. Aunque la prensa diga lo contrario.

Ella arqueó una ceja.

—No me digas que los *paparazzi* te siguen...

—A veces. Depende de con quién esté.

—Entonces, no hay problema. Yo no soy nadie, así que no despertaré su interés —comentó con ironía.

Rico se inclinó sobre ella y le dio un beso.

—Bueno, ¿qué te parece si nos olvidamos de la prensa y volvemos a mi pregunta inicial? ¿Qué

quieres hacer esta noche? —repitió.

Ella no tenía intención de invitarlo a quedarse en su casa, pero el contacto de sus labios le había gustado tanto que dijo:

—De momento, podríamos tomar un café, ponernos cómodos y pensarlo.

—Trato hecho.

Ella lo llevó a la cocina y encendió la cafetera.

—¿Qué sueles hacer cuando tienes un día libre? —continuó Rico.

—Voy al cine, salgo a pasear o me tomo algo con los amigos. Aunque a veces, me limito a tumbarme en el sofá y ver películas. Podríamos dar un paseo junto al río. Greenwich está muy bonito.

—Me parece bien... Y ahora que lo dices, me gustaría que me enseñaras la ciudad. ¿Qué es lo más turístico de Londres?

—Supongo que el cambio de guardia en Buckingham Palace. Pero hay que ir temprano, así que tendrá que ser un fin de semana.

—¿Lo dejamos para el sábado?

—Este sábado no puedo. Tengo trabajo.

—¿Trabajas seis días a la semana? —preguntó con preocupación—. Si llevas ese ritmo, te vas a quemar...

—Generalmente, solo trabajo los sábados por la mañana; no tengo más remedio, porque hay que preparar los dulces para las cafeterías —explicó—. Pero siempre descanso los domingos.

—Entonces, vayamos el domingo.

Justo entonces, Ella cayó en la cuenta de que Rico no le había dicho cuánto tiempo se iba a quedar en Inglaterra.

—¿Vas a estar mucho tiempo en Londres?

—Sí, es posible —afirmó—. De hecho, creo que voy a hacer una lista con los sitios que me gustaría ver.

Ella lo miró con exasperación.

—¿Sabes que eres un obseso del control?

—Como tú...

—¿Como yo?

—Tu también haces listas, Ella. Tu frigorífico está lleno de notas.

—Solo soy una mujer organizada.

—Es decir, una obsesa del control —bromeó.

Rico la volvió besar, pero Ella se apartó con la excusa de servir el café.

—Bueno... ya que vienes de Roma, podríamos empezar por una visita al Londres romano. Te enseñaré los restos de la muralla y luego, los baños de Strand y el anfiteatro de Guildhall.

—¿Vas a ser mi guía turística personal?

—Eso parece. Pero a diferencia de ti, no fingiré ser lo que no soy.

—Yo no fingía. Estaba haciendo mi trabajo —le recordó—. Y no recuerdo que tuvieras ninguna queja al respecto.

—Eso es cierto —admitió mientras le daba su taza de café—. Se nota que conoces muy bien tu ciudad.

—Porque la amo. Me gusta tanto que no podría vivir en otro sitio.

Ella pensó que Rico había marcado los límites de su relación sin pretenderlo. Él no quería vivir fuera de Roma y ella no quería vivir lejos de Londres; por lo menos, permanentemente. Por

lo visto, estaban condenados a una relación pasajera.

Rico echó un trago de café y dijo:

—Está muy bueno. Gracias.

—De nada.

—¿Qué te parece si hacemos mi lista de visitas turísticas? ¿Tienes un ordenador por ahí?

—Claro.

Ella puso su portátil encima de la mesa y lo encendió. Rico se acomodó en una silla y la sentó en su regazo.

—¿Qué estás haciendo? —protestó, incómoda.

—No seas tan desconfiada... así verás la pantalla tan bien como yo.

—La vería perfectamente si me sentara a tu lado.

—Quizás, pero esto es más cómodo.

Rico le dio un beso en el cuello y Ella pensó que tenía razón; era mucho más cómodo y, desde luego, mucho más interesante. Pero no estaba dispuesta a admitirlo. No quería darle a entender que solo tenía que silbar para que cayera rendida a sus pies.

Entre los dos, y con la ayuda de unos cuantas páginas turísticas, hicieron una lista con los sitios más conocidos de Londres y con los menos habituales.

—Bueno, basta por hoy. Vamos a dar ese paseo...

El sol se estaba poniendo cuando salieron de la casa y siguieron la orilla del Támesis. Poco después, Ella señaló un grupo de edificios blancos con cúpulas grises, veletas y grandes relojes dorados.

—Eso es el Royal Naval College, la academia naval —le informó—. Es una obra de Christopher Wren.

—Como Saint Paul... Que, por cierto, tenemos que añadir a mi lista.

Al cabo de unos minutos, se detuvieron junto a un pub.

—A veces vengo aquí con Julia —dijo Ella—. Se dice que Dickens era cliente habitual del establecimiento... y la comida es muy buena.

¿Quieres tomar algo?

—Por supuesto.

Entraron en el local, se sentaron en una mesa con vistas al río y se tomaron un par de refrescos. Al salir, ya se había hecho de noche.

Ella señaló una estructura con forma de carpa gigante y altas torres de sujeción, iluminadas con tonos azules, rojos y amarillos.

—Es la Cúpula del Milenio —dijo—. Siempre me ha parecido una tarta con velas encendidas.

—Muy bonita... —Rico se inclinó para darle un beso—. Aunque no tanto como tú.

Ella se sintió muy halagada; no por el comentario, sino por su forma increíblemente atenta de tocarla y de prestarle atención.

Lo tomó de la mano y volvieron hacia la casa.

—¿Te apetece un café?

—Me apetece tú.

Rico la besó y, esta vez, Ella respondió con la misma pasión.

Ni siquiera protestó cuando él la tomó en brazos, cerró la puerta de la casa y la llevó al dormitorio del piso de arriba. Ardía en deseos de hacer el amor. Y como siempre, se quedó asombrada con su facilidad para llevarla al orgasmo. Ningún hombre le había dado esa clase de intensidad.

Pero, como siempre, Rico se vistió después y se dispuso a marcharse.

—¿No te vas a quedar?

—No es buena idea —respondió con dulzura.

—¿Te veré mañana?

Él sacudió la cabeza.

—Mañana tengo demasiado trabajo. Pero te llamaré. Y nos veremos el sábado...

Ella asintió. A fin de cuentas, solo eran amantes; conocidos con derecho a roce.

—Por supuesto.

Ella estuvo muy ocupada el viernes, pero extrañó terriblemente a Rico y se sintió aliviada cuando la llamó por teléfono. Rico la hacía feliz. Pero eso era peligroso, porque su relación no tenía ningún futuro.

Por fin, llegó el sábado. Y Rico se presentó a las ocho y media de la mañana, justo cuando Ella estaba metiendo una tartaleta en una cajita.

Al ver el nombre que había puesto en la tartaleta, Rico rompió a reír.

Era el suyo.

—Bonito detalle...

—Quería darte una sorpresa, pero la has estropeado —protestó—. Se suponía que tenías que ver la caja cerrada y preguntar por su contenido.

Él le pasó los brazos alrededor de la cintura y le dio un beso.

—Te lo agradezco de todas formas, *bellezza*. Pero dime, ¿ya has terminado? ¿Te puedo ayudar en algo?

—Tengo que llevar los dulces a las cafeterías. Puedes acompañarme y hacer de chico de los recados.

—Eso está hecho, preciosa...

Cuando entregaron los dulces, tomaron el metro y se bajaron en Trafalgar Square.

—Cuando era pequeña, mi madre me traía a esta plaza para que diera de comer a las palomas.

—¿Esa es la famosa fuente donde la gente se baña en Nochevieja?

—Bueno, no todo el mundo se baña en la fuente —puntualizó—. Como verás, no es tan bonita como las fuentes de Roma, pero la han reformado recientemente y ahora la iluminan de noche.

—A mí me gusta...

Tras ver la columna de Nelson, se dirigieron al South Bank, que estaba lleno de músicos callejeros, hombres estatua, contorsionistas y hasta pintores que hacían retratos de los turistas y paseantes.

Rico alzó la mirada y señaló el London Eye, la gran noria que se alzaba junto al County Hall.

—¿Esto también está en mi lista? —preguntó.

—Sí, aunque no sé si llevarte de día o de noche.

—Pues llévame de día y de noche —declaró con una sonrisa—. Al final voy a ser el niño mimado que decías...

Ella suspiró.

—No debería haber dicho eso. Te pido disculpas.

—Y yo las acepto... si me das un beso.

—Eso no vale...

—Oh, vamos...

Ella no se pudo resistir. Rico le gustaba cada día más. Era encantador, divertido, atento y deliciosamente atractivo. Pero también era una amenaza, porque si no tenía cuidado, se arriesgaba

a enamorarse de él.

Pasearon un rato por los alrededores y se sentaron a tomar el sol en los jardines del Jubileo. Hacía un día precioso, de principios de verano.

—¿Te gusta la comida china? —preguntó ella.

—Sí.

—Excelente, porque esta noche vamos a cenar en Chinatown.

Él sonrió.

—Me encantas cuando te pones mandona.

Ella carraspeó y replicó:

—Dijo la sartén al cazo...

Rico la miró con desconcierto.

—¿La sartén al cazo?

—¿No conocías el dicho? —preguntó—. Es muy conocido en Inglaterra... equivale a mira quién fue a hablar.

—¿Me estás llamando hipócrita? ¿Estás diciendo que soy tan mandón como tú?

—En efecto.

Rico se inclinó y la besó hasta dejarla mareada.

—Si no estuviéramos en un lugar público —susurró—, te demostraría hasta qué punto puedo ser mandón.

Ella se ruborizó sin poder evitarlo. Rico había conseguido que lo besara apasionadamente en uno de los lugares más públicos de la ciudad.

—Estás muy guapa cuando te ruborizas, *bellezza*. Y lo digo muy en serio. No te pareces nada a las mujeres que se han cruzado en mi vida.

—Espero que eso sea un cumplido...

Rico no salía de su asombro. Cuando estaba con Ella, se podía relajar y ser él mismo, sin preocuparse por su imagen. Nunca se había divertido tanto.

Pero, al mismo tiempo, le daba miedo.

Se conocía lo suficiente como para saber que se estaba enamorando de aquella inglesa encantadora.

Y no sabía qué hacer. Por una parte, temía no ser suficiente para ella, como no lo había sido para sus padres ni, quizás, para sus propios abuelos; por otra, temía no ser capaz de amar, de darle lo que necesitaba.

—Vamos, *bellezza*, se supone que tienes que enseñarme Londres...

Rico la tomó de la mano y la levantó del banco del parque. Necesitaba huir de sus pensamientos. Y la mejor forma de huir era llevarla a la cama y hacerle el amor.

Pero se había prometido que se lo tomaría con calma. Sobre todo, porque ahora sabía que su relación sexual con Ella Chandler no era tan buena porque se llevaran bien en la cama, sino porque Ella Chandler era verdaderamente especial.

Terminaron en un restaurante de Chinatown, donde un camarero los llevó a una sala, los sentó y estampó un te de jazmín y dos tacitas en la mesa.

—Como ves, el servicio de este lugar no es tan bueno como el de tus hoteles —declaró ella con ironía—; pero te prometo que la comida merece la pena. Aquí se prepara el mejor pato pequinés de todo Londres.

—Bueno, no voy a negar que es toda una experiencia...

—Y pagaremos la cuenta entre los dos. Recuerda que somos iguales.

Él sonrió.

—Por supuesto, *signorina*.

Después de cenar, pasearon unos minutos por Leicester Square.

—No sé si sugerir que nos tomemos un helado —dijo Ella—. Me temo que los helados italianos son mucho mejores que los ingleses.

—Si quieres un helado, te tomarás un helado. Pero yo prefiero dejar los dulces para más tarde... si no recuerdo mal, me está esperando una tartaleta en el frigorífico de tu casa.

—Entonces, yo también esperaré.

Al llegar a la casa, ella abrió el frigorífico y le dio la tartaleta.

—Que la disfrutes...

Él la saboreó con verdadero placer.

Rico la tomó entre sus brazos y la besó hasta emborracharla de deseo.

Y luego, cuando llegaron a la cama, la arrastró a un clímax tan intenso que tardó un buen rato en respirar con normalidad.

Entonces, apoyó la cabeza en su pecho y preguntó:

—¿Te quedarás esta noche?

Rico deseaba quedarse. Lo deseaba con toda su alma.

Pero se dijo que no era una buena idea. La intimidad podía ser mucho más peligrosa que el sexo. Y no quería hacerle daño.

A pesar de las bravatas de Ella, sabía que era una mujer vulnerable y que, en el fondo, deseaba tener una familia. Algo que él no le podía dar.

Se apartó de ella y dijo:

—Lo siento, pero he estado fuera todo el día y tengo que contestar un montón de mensajes cuando llegue al hotel.

—Comprendo... —dijo, decepcionada.

Rico sonrió.

—Pero nos veremos mañana. Mi guía personal me ha prometido que me llevaría a ver el cambio de guardia.

—Buckingham Palace está más cerca de tu hotel que de mi casa. Si quieres, podemos quedar en el vestíbulo de The Fountain.

—De acuerdo. ¿A qué hora?

—¿A las nueve en punto?

—Hecho.

Rico se fue un minuto después y ella se quedó con un profundo sentimiento de tristeza, que no logró aplacar.

Se suponía que aquello era una relación pasajera. Lo sabía perfectamente. Y sin embargo, se sentía vacía cada vez que se marchaba.

Rico estaba esperando en el vestíbulo cuando Ella entró en el hotel.

—*Buongiorno, bellezza*.

—Buenos días. ¿Preparado para interpretar el papel de turista?

Rico sonrió de oreja a oreja.

—Absolutamente.

El hotel estaba tan cerca de Buckingham Palace que fueron andando.

La guardia apareció poco después con sus guerreras rojas y sus altos sombreros negros, de piel de oso. Rico disfrutó del espectáculo y Ella, de que disfrutara tanto en su compañía.

Cuando terminó el cambio de guardia, sonrió a Rico y dijo:

—Bueno, eso ha sido todo. Una tradición verdaderamente británica.

—Una tradición que no tenemos en Roma... allí hay montones de tipos que se disfrazan de senadores y legionarios romanos, pero no hay nada parecido.

Ella lo tomó de la mano.

—Me alegra que te haya gustado. Y como tú me enseñaste las partes más truculentas de Roma, te voy a devolver el favor.

—¿El favor?

—Sí. Te llevaré a la Torre de Londres. No es tan antiguo como el Coliseo romano, claro —respondió—. El edificio original se levantó por orden de Guillermo el Conquistador, y los reyes posteriores lo ampliaron. Mi madre me llevaba con frecuencia. Siempre me gustaron los alabarderos de la guardia... y los cuervos.

—Pues vamos a ver los cuervos.

Cuando llegaron a su destino, Ella le señaló las aves que estaban posadas junto a la torre de Wakefield.

—La leyenda dice que el reino y la torre se derrumbarán el día en que los cuervos se marchen, así que les cortan las alas para que no se puedan ir.

—Pobres bichos. Están atrapados.

Rico pensó que los cuervos estaban como él cuando fue a la universidad. Su abuelo quería que se hiciera cargo de los hoteles Rossi y lo presionó para que estudiara empresariales. Él era el único que podía salvar el negocio. Si no aceptaba la dirección de la empresa, se perderían cientos de puestos de trabajo. Y eso no sería justo.

Pero tampoco era justo que determinaran su vida de esa forma. Se sentía tan frustrado que estuvo a punto de rebelarse. Por suerte, su mejor amigo le hizo ver que aceptar la dirección de los hoteles no implicaba aceptar las directrices de su abuelo; podía hacer con ellos lo que quisiera y llevarlos en la dirección que le pareciera más oportuna.

Por eso, precisamente, iba a adquirir el hotel de Londres. Ahora estaba a cargo y dispuesto a dejar huella. Diversificaría el negocio, lo extendería fuera de Italia y, al final, si todo salía bien, hasta su abuelo tendría que admitir que era un gran profesional.

—Tienen el color de tu pelo —dijo Ella.

—¿Qué?

—Los cuervos. Son tan negros como tu pelo.

Él soltó una carcajada y la besó.

—¡Basta ya! —protestó ella entre risas—. No distraigas a tu guía...

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que estuviste aquí?

—Ya ni me acuerdo. Han sido muchos años, pero de niña me encantaba. Las joyas de la corona, la armadura de Enrique VIII...

—¿Y qué es esa escultura de un oso polar?

—Por lo visto, aquí hubo una colección de animales salvajes. El emperador Federico II le envió tres leopardos a Enrique III cuando este se casó con su hermana, Eleanor. Y luego, el rey de Noruega le envió un oso polar.

—Vaya...

—Mi madre me dijo que el oso tenía una cadena muy larga, para que se pudiera bañar en el Támesis y capturar peces —explicó—. Más tarde, el rey de Francia regaló a Enrique III un elefante, que al parecer llegó en barco... Mi madre y yo nos inventamos una canción sobre los

elefantes de la torre, pero se me ha olvidado.

Rico se dijo que su infancia había sido muy distinta. No recordaba que sus padres lo llevaran de excursión ni, por supuesto, que se inventaran canciones con él. En ese sentido, la niñez de Ella había sido mucho más afortunada que la suya. Puede que su madre no tuviera dinero, pero le había dado la felicidad.

—¿Ocurre algo, Rico? —preguntó.

La voz de Ella lo sacó de sus pensamientos.

—No, no pasa nada, *bellezza*... —dijo con una sonrisa forzada—. ¿Qué hicieron con la colección de animales salvajes?

—Al final, poco antes de que Victoria se convirtiera en reina, lo transformaron en el zoológico de Londres.

—¿El zoológico está en mi lista?

—Podría estarlo. Veremos lo que tú quieras.

Ella le dedicó una sonrisa tan deliciosa que él se estremeció. Fue como si un rayo de sol traspasara las frías tierras de su infancia y derritiera el hielo.

Definitivamente, aquella mujer le hacía feliz. Y le gustaba tanto como le asustaba, porque la consideraba especial y la creía merecedora de un hombre mejor que él; de uno que le pudiera entregar su corazón.

Solo tenía dos opciones: podía seguir un poco más con Ella y marcharse después; o podía aprender a amar, pero no sabía cómo.

Capítulo Nueve

Ella miró la pantalla del teléfono y frunció el ceño al reconocer el número. Rico no la solía llamar en horas de trabajo.

¿Habría pasado algo malo?

—Hola, Rico...

—Hola, *bellezza*. ¿Tienes tu agenda a mano?

—Sí, ¿por qué?

—Porque necesito que me hagas un hueco —contestó—. Para una reunión.

—Pero si nos vamos a ver esta noche... ¿qué sentido tiene que te haga un hueco en mi agenda? —preguntó, extrañada.

—Que la reunión es de negocios, y lo de esta noche... —Rico rompió a reír— es otra cosa.

—¿De qué negocios estás hablando?

—De un posible encargo. Necesito una tarta para una fiesta que voy a dar dentro de un mes. ¿Dónde nos reunimos? ¿En tu cocina? ¿O en mi oficina?

Ella volvió a fruncir el ceño.

—Tu despacho está en Roma, Rico.

Él carraspeó.

—Mi refería a mi oficina de Londres.

—¿Es que has comprado el hotel?

—En efecto. Y vamos a relanzar The Fountain dentro de cuatro semanas. ¿Es tiempo suficiente para preparar una tarta?

—Por supuesto. Pero tendremos que hablar del tamaño...

Rico soltó una risotada tan sensual que Ella se ruborizó. Por lo visto, no estaba pensando precisamente en el tamaño de la tarta.

—¡Oh, Rico!

—Lo has dicho tú, *bellezza*, no yo. Pero está bien, me pondré serio... Supongo que necesitas saber cuántas personas van a asistir y qué tipo de tarta tengo en mente. ¿Cuándo podemos quedar?

—A cualquier hora después de las diez si quedamos en mi casa, y a cualquier hora antes de las diez y media si quedamos en tu oficina.

—No hay prisa. ¿Te parece bien a las cuatro y media en tu casa?

—Me parece perfecto.

—Pero recuerda que esto es un asunto de negocios. No te estoy pidiendo un favor.

—¿Qué quieres decir?

—Que no aceptaré un precio especial —dijo—. En fin, te enviaré los detalles por correo electrónico... nos vemos esta tarde.

Cuando Rico llegó, Ella ya había estudiado los detalles a fondo y llenado tres páginas con bocetos de tartas.

—¿Tengo que elegir entre los bocetos? —preguntó él.

—Solo son sugerencias. Necesito que me des tu opinión... aunque sea contraria a la mía.

—Eres muy creativa. Prefiero dejarlo a tu criterio.

—Muy bien, como quieras —dijo—. Podría hacer una tarta con la forma del hotel...

—Buena idea.

—O preparar una tarta normal y decorarla con la fuente que el hotel tiene en el patio y que le da nombre. Solo tendría que hacer unas cuantas fotografías para asegurarme de que sea exactamente igual.

—Sí, creo que eso me gusta. Una tarta con una fuente... sería perfecto para la ocasión, porque pensaba ofrecer una fuente de chocolate y otra de champán —declaró Rico—. ¿Cuánto me costaría?

Ella no respondió. Se limitó a pasarle una nota con el presupuesto.

Rico le echó un vistazo y asintió.

—*Bene*. Estás contratada.

—Necesito saber cuándo se va a celebrar, para tenerlo todo preparado.

—Será un sábado por la noche. Si quieres, también te puedes hacer cargo del servicio de café...

—Por supuesto.

—¿No será mucho trabajo para ti? Si necesitas ayuda, te enviaré a uno de los empleados de nuestras cocinas.

Ella sonrió.

—Seguro que eso no se lo ofreces a la competencia, ¿verdad?

Él arqueó una ceja.

—Por supuesto que no. Es que siento debilidad por ti y quiero facilitarte las cosas —Rico se inclinó para robarle un beso—. Tómatelo como un beneficio extraordinario de nuestra relación... Pero no has contestado a mi pregunta.

—Sí, me vendría bien un poco de ayuda. Alguien que sirva los cafés.

—De acuerdo.

—¿De qué sabor quieres la tarta?

—De chocolate.

—Pero has dicho que vas a ofrecer una fuente de chocolate —le recordó—. ¿No crees que será demasiado?

—Nunca se toma suficiente chocolate.

Ella rio.

—Hablas como una chica...

—¿Ah, sí? Ahora tendré que demostrarte que no lo soy...

Rico la abrazó y la besó con tanto apasionamiento que, cuando rompió el contacto, Ella no recordaba ni su nombre.

—Está bien, admito que no tienes nada de chica; eres un hombre entero y verdadero. Aunque se suponía que esto era una reunión de negocios.

—Y lo era; pero la reunión ya ha terminado. Ahora nos tenemos que ir.

—¿Adónde?

Rico sacó dos entradas del bolsillo y se las enseñó. Eran dos entradas de teatro, para una función que costaba una fortuna y que, por lo que Ella sabía, tenía vendidas todas las localidades durante varias semanas.

—¿Cómo las has conseguido... ?

—Digamos que ser un niño rico tiene sus ventajas. Venga, ve a vestirme y salgamos a divertirnos un poco.

Durante los días siguientes, se acostumbraron a salir después de trabajar. A veces iban al cine o a cenar a un restaurante y, a veces, él aparecía con una bolsa llena de comida, le llenaba el

frigorífico y le preparaba la cena antes de hacerle el amor.

Pero todos los fines de semana, sin falta, se dedicaban a visitar los lugares que estaban en la lista de Rico.

Ella no recordaba haber sido tan feliz. No se habían hecho promesas de futuro, pero empezaba a pensar que le podía confiar su corazón.

Quizás, porque Rico demostraba ser el hombre del que se había encaprichado en Roma; porque tras la fachada del presidente de los hoteles Rossi se escondía un guía turístico.

Un domingo por la mañana, Rico la llamó a las seis.

—Levántate e ilumina el mundo, *bellezza* —dijo.

—¿Sabes qué hora es? ¿Por qué me despiertas tan pronto?

—Porque vamos a ir a un sitio que no está en mi lista.

—¿Cómo?

—Ah, será mejor que saques tu pasaporte. Lo vas a necesitar.

Ella estaba tan dormida que tardó un momento en entender sus palabras.

—¿Para qué quiero el pasaporte?

—Confía en mí. Estoy seguro de que te va a encantar... —respondió—. Pasaré a recogerte dentro de media hora.

Desconcertada, se levantó, se duchó y se vistió. Ya estaba preparada cuando Rico llamó al timbre y la llevó en un taxi.

Al llegar al aeropuerto, Ella preguntó:

—¿Adónde vamos?

—En primer lugar, a desayunar.

Tras el desayuno, en el que disfrutaron de un café italiano excelente, Ella miró las salidas de vuelos y volvió a formular la misma pregunta.

—¿Adónde vamos?

—No mires ahí... no te servirá de nada, *bellezza*. No es un vuelo regular.

Ella parpadeó.

—¿Has alquilado un avión privado?

—No. Es de un amigo, igual que el restaurante de Roma al que te llevé... Cosas de niños ricos. Algunos de mis amigos tienen juguetes de lo más interesantes —declaró, sonriendo—. A cambio, Giuseppe podrá usar mi coche durante un mes.

Ella rio.

—No me lo digas. Tu coche es un deportivo italiano.

—¿Tan previsible soy?

—Y más —bromeó—. Pero sigues sin responder a mi pregunta.

Rico se encogió de hombros.

—Vamos a un sitio que está a dos horas y media de viaje.

—Venga, dímelo de una vez...

Rico le dio un beso.

—Es una sorpresa. Espera y lo verás.

Dos horas y media después, aterrizaron en un aeropuerto de la Europa continental. Cuando Ella vio los letreros, se quedó pasmada.

—¡Viena! ¡No puedo creer que me hayas traído a Viena!

—Cuando estábamos en Roma, me dijiste que querías visitarla. Supongo que será porque sus tartas y sus cafés son famosos...

—Por supuesto que sí —dijo, todavía asombrada—. Oh, Rico... es el regalo más bonito que me han hecho nunca. Gracias.

—De nada.

Subieron al tren que llevaba a la ciudad y, a continuación, tomaron el metro y salieron a una calle cercana a la catedral.

—Qué preciosidad —dijo ella, contemplando los edificios—. Viena es magnífica...

—Sí, lo es. Pero sígueme; aún no hemos llegado a nuestro destino.

—¿Y dónde está?

—Ya lo verás.

Ella supo que Rico se había tomado muchas molestias para organizar el viaje, de modo que se sintió más intrigada que molesta por su vaguedad.

Al final, la llevó a una de las *konditoreien* más antiguas de Viena, donde se quedó anonadada por la cantidad de tartas y dulces que ofrecía el establecimiento.

—Sígueme. El café está arriba.

Ella lo siguió por las escaleras.

—¡Esto es maravilloso! ¡Fíjate en esa lámpara de araña! Es como si estuviéramos en el siglo XIX...

—Me alegra que te guste, *bellezza*. ¿Qué te parece si nos tomamos un café y un buen pedazo de tarta?

Se sentaron a una mesa, donde Rico le alcanzó el menú.

—No sé qué elegir, francamente; tienen tantos tipos de tarta que...

Aunque estando en Viena, supongo que debería pedir una *sachertorte*, una de chocolate.

Él le dio un beso en el cuello.

—Pide otra cosa. Ya tendrás ocasión de probar la *sachertorte*, en el Café Sacher, adonde te llevaré después.

Ella se decidió por una *esterhazytorte*, una tarta típica de Austria y Hungría que se preparaba con capas de merengue de almendra y de crema.

—Me encantan las tartas de capas —le confesó—. Si eres bueno, te prepararé una.

—¿Bueno en qué? —le susurró al oído.

Ella se ruborizó y él rompió a reír.

—Ah, *bellezza*. Eres tan fácil de provocar...

Ella alcanzó la cucharilla y se llevó un pedazo de tarta a la boca.

—Excelente... será mejor que te tomes la tuya —siguió diciendo.

Cuando terminaron de comer, Rico dejó su taza a un lado y dijo:

—¿Preparada para la siguiente sorpresa?

—¿Es que hay más?

Cuando Rico abrió una puerta lateral y la llevó a las cocinas del establecimiento, donde les esperaba el repostero jefe, los ojos de Ella brillaron con tanta alegría que Rico pensó que sus esfuerzos habían merecido la pena.

Lo que más llamó su atención fue una tarta baja y rectangular, que el jefe de repostería decoró con una réplica preciosa de un *lipizzaner*, uno de los caballos de la famosa Escuela Española de Viena.

—Es increíble. Fíjate en el detalle de las orejas y de la silla de montar...

El repostero jefe le habló sobre las distintas formas de dar color a las tartas. Rico no estaba especialmente interesado en los detalles, pero era feliz por Ella, que escuchó con atención y le

formuló un montón de preguntas.

Cuando se marcharon, Rico se sentía profundamente satisfecho de sí mismo.

—No sé cómo darte las gracias —dijo ella—. Ha sido maravilloso.

Él sonrió.

—No es necesario que me des las gracias, *bellezza*. Pero ya que estamos tan cerca del Palacio Imperial de Hofburg, ¿te apetece hacer de turista?

—Cómo no...

Se tomaron de la mano y caminaron por las distintas estancias del palacio, hasta que Ella se detuvo delante de un cuadro. Era un retrato de la emperatriz Sisi, que llevaba un vestido blanco y una diadema de diamantes.

—Era una mujer preciosa...

—No tanto como tú. Y esa diadema te quedaría muy bien.

Ella sacudió la cabeza.

—Para llevar esa diadema, tendría que tener el pelo más largo —replicó—. Pero me ha dado una idea. Creo que haré una réplica de glaseado.

—¿Se puede hacer?

—Por supuesto que se puede. Si preparo un glaseado blanco y lo pinto con una mezcla de polvo plateado y alcohol, parecerá la estructura de plata... y lo que pinte con cristales de azúcar, parecerá de diamantes.

—¿Cristales de azúcar?

—Sí, con lo que suelo espolvorear las tartas.

Él rio.

—Jamás habría imaginado que los dulces me pudieran interesar tanto...

—Espero no ser muy pesada. Es que estamos en la capital mundial de las tartas. Es como el dicho... todos los caminos llevan a Viena.

Él arqueó una ceja.

—El dicho no dice eso, Ella. Dice que todos los caminos llevan a Roma.

Esta vez fue ella quien rompió a reír.

—Bueno, qué más da.

Al terminar la visita del palacio, estuvieron unos minutos en la tienda de suvenires. Rico se dio cuenta de que admiraba una réplica de un famoso broche de Sisi con forma de estrella, pero también se dio cuenta de que no lo compró.

Ya en el exterior, se giró hacia ella y dijo:

—No llevas muchas joyas, ¿verdad? Solo un reloj. Y ni siquiera tienes agujeros para ponerte pendientes.

—Soy demasiado miedosa para hacerme agujeros, y los pendientes de pinza me resultan incómodos. A veces me pongo un collar, pero me abstengo de anillos y pulseras porque molestan para trabajar con las manos.

Rico tomó nota de su confesión. A Ella le gustaban los collares. Y al pasar por delante de una joyería, vio una gargantilla muy parecida a la de la réplica del broche, pero con diamantes de verdad.

—Bueno, creo que es hora de probar la *sachertorte*...

Tras llevarla al Café Sacher y sentarla a una mesa, dijo:

—¿Me perdonas un momento?

—Claro.

Rico salió del establecimiento sin que ella se diera cuenta, entró en la joyería y compró el collar, que el dependiente guardó en una cajita.

Luego, se guardó la cajita en un bolsillo y volvió rápidamente al café.

—Empezaba a pensar que te habías perdido —dijo Ella—. Tu café se habrá quedado helado...

—Tanto mejor. Ya sabes que a los italianos nos gusta así.

Rico alcanzó la taza y, como de costumbre, se bebió el contenido de golpe.

Al salir del Café Sacher, Ella se detuvo frente a una tienda de chocolates.

—Julia es como tú. Adora el chocolate —explicó—. Me gustaría llevarle algún regalo... Dame un par de minutos. Vuelvo enseguida.

Su visita a Viena terminó poco después. Durante el trayecto de vuelta, Rico no le soltó la mano en ningún momento. Y cuando por fin llegaron al piso de Ella, se giró hacia él y le dio una de las bolsas con las que había salido de la tienda de chocolates.

—¿Es para mí? ¿No era para Julia?

—A Julia le he comprado otra cosa... —respondió, encogiéndose de hombros—. Pero no esperes demasiado. Solo es un detalle. Una forma de darte las gracias por lo que has hecho.

—No tenías que regalarme nada, *bellezza*. Pero te lo agradezco mucho.

Él abrió la bolsa y encontró una caja llena de chocolates *lilliput*, que al parecer eran la especialidad del establecimiento vienés.

—Bueno, ya que tú me has dado un regalo, tendré que darte el tuyo...

Rico se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta y sacó la cajita.

Ella se quedó mirando la preciosa cajita con el corazón en un puño.

Sabía que no podía contener un anillo; era demasiado grande y, además, no albergaba ese tipo de esperanzas sobre el carácter de su relación.

Cuando la abrió, se quedó anonadada. Contenía una gargantilla con una estrella muy parecida a la de la emperatriz Sisí. Pero la joya no le agradó tanto como el hecho de que Rico hubiera notado su interés por el souvenir del palacio, y de que hubiera recordado que no usaba brazaletes ni anillos.

—Gracias. Es preciosa.

Ella se abrazó a él y lo miró con ternura. No le había regalado un anillo de compromiso, pero tenía la sensación de que aquello significaba algo; como si Rico le estuviera diciendo que estaba dispuesto a abrirle su corazón.

—Ha sido un día perfecto; tanto, que no quiero que termine —continuó—. ¿Te vas a quedar esta noche, conmigo?

Rico permaneció en silencio durante unos segundos.

Nunca había pasado una noche entera con ninguna mujer. Había estado a punto de romper esa costumbre varias veces, y todas con Ella; pero siempre cambiaba de opinión en el último momento.

¿Estaba preparado para dar ese paso?

—¿A qué hora te suena el despertador? —preguntó, con más tranquilidad de la que sentía.

—Me temo que a las cinco y media.

Él sonrió.

—Bueno, no suelo levantarme tan pronto; pero tratándose de ti... sí. Me quedaré.

Capítulo Diez

Un día de esa misma semana, Ella le envió un mensaje de texto para preguntarle si podía probar unas tartaletas cuando terminara de trabajar. Rico aceptó y se presentó en su casa poco después de las seis de la tarde.

—Espero que tengas hambre —dijo ella.

—Mucha...

—Entonces, siéntate.

Ella le sirvió tres tartaletas, un sorbete de limón y un vaso de agua helada.

—¿Para qué es el sorbete?

—Para que te limpies el paladar y puedas distinguir bien los distintos sabores.

Él probó el primero de los dulces.

—Hum... está buenísimo. ¿Qué es? Ah, sí... en Viena me prometiste que me prepararías una tarta de colibrí si era bueno.

—Y cumpliré mi promesa. Si eres bueno —puntualizó con una sonrisa—. ¿Te gusta el glaseado de naranja?

Rico lo pensó un momento antes de responder.

—Sí, está muy bien.

—Pues echa un trago de sorbete para quitarte el sabor.

—¿No me puedo comer el resto?

—Más tarde. Ahora, tienes que seguir probando.

Él tomó un poco de sorbete y, a continuación, se aclaró la boca con el agua fría.

—Bueno, vamos con la segunda... —Rico se llevó un pedazo a la boca—. Vaya, esta me gusta aún más... ¿Qué lleva, lima? Es más intensa que la naranja.

Ella tomó nota.

—Muy bien. Ahora, prueba la tercera.

Rico repitió la operación del sorbete y el agua y probó la última tartaleta.

—No, esta no me gusta. Es demasiado dulce.

—A mí tampoco me agrada, pero quería conocer tu opinión.

—Pues voto por la segunda —insistió él—. ¿Ya está? ¿Solo has preparado tres?

—Es que no quería abrumarte con demasiados sabores...

Rico pareció decepcionado.

—Y yo que pensaba que me estarían esperando un montón de tartaletas... como las que preparaste para tu fiesta de inauguración.

—¿Tanto te gustaron?

—Ya te lo dije en su momento —le recordó—. Pero supongo que son difíciles de hacer...

—Al contrario; son muy fáciles. Si me das unos minutos, te prepararé unas cuantas e incluso permitiré que les pongas tú mismo el glaseado.

—¿En serio?

—Claro que sí. Pero tendrás que quitarte la camisa, porque te vas a manchar.

—¿Cómo?

—Que te quites la camisa —repitió—. Especialmente, si vas a usar glaseado de colores. Deja unas manchas terribles.

—¿Y en qué me convertirá eso? ¿En algo así como el repostero desnudo?

Ella rompió a reír.

—Sí, supongo. Pero te puedo prestar un delantal.

Él la miró con desagrado.

—No, nada de delantales. —Rico se quitó la camisa—. ¿Dónde dejo esto?

Ella alcanzó la camisa, la colgó y admiró su torso desnudo.

—Bonitas pecas, *signor* Rossi...

—¿Y tú? ¿No te vas a quitar la blusa?

—Deja de soñar despierto.

Cinco minutos después, Ella ya había preparado la masa de las tartaletas. Sacó los moldes de un armario y pidió a Rico que vertiera la masa en ellos.

—Esto es muy divertido —dijo él—. No me extraña que te guste tanto... Pero, ¿qué vamos a hacer mientras están en el horno?

—El baño de las tartaletas, por supuesto. Y lo vas a hacer tú.

Ella le explicó todo lo que debía hacer y lo vigiló atentamente, paso a paso. Cuando terminó, la masa de las tartaletas ya se había enfriado. Y Ella le dio un pincel.

—¿Para qué es esto?

—No seas impaciente...

Ella sacó una bolsita y una cánula de boca estrellada y quitó la tapa de uno de los botes de glaseado de colores que solía utilizar.

—Parece tinta... —dijo Rico.

—No está muy lejos de serlo, pero es comestible. Ahora, mete el pincel en el bote y traza una línea dentro de la bolsita. Ah... procura no mancharte las manos.

Él frunció el ceño.

—¿Por qué? ¿No has dicho que es comestible?

—Por supuesto; pero si te manchas, mañana por la mañana tendrás que explicar a tus colegas por qué tienes las manos de color morado.

—Comprendo.

—Ahora, extiende la línea que has trazado con el pincel. De la forma que prefieras.

Rico miró el pincel y luego la miró a ella con picardía.

—Si esto fuera chocolate fundido...

Ella soltó una carcajada.

—Lo siento, Rico, pero estamos en una cocina profesional. Nada de pintar partes del cuerpo. Va contra las normativas de higiene.

—Aguafiestas... —protestó.

Ella arqueó una ceja.

—Presta atención y cierra la boca.

—Sí, *signorina* —dijo con humor.

—¿Ya has terminado? Entonces, aprieta la bolsita para que el color se extienda bien.

Él obedeció e inspeccionó la bolsita.

—Qué extraño. No parece que tenga ningún color...

—Espera y verás.

Ella le quitó el pincel, alcanzó la crema que tenía preparada y la echó en la bolsita.

—¿Lo ves ahora?

Rico se quedó asombrado al ver el repentino contraste del morado intenso contra el color

marfil de la crema.

—Ya solo falta el toque final. En primer lugar, pon la cánula en la bolsita... es lo que llamamos una manga de repostería.

—Ya está.

—Ahora, sitúa la punta de la cánula sobre el centro de una tartaleta y empieza a decorar con movimientos en espiral.

—No sale...

—Porque no la estás agarrando bien. Tienes que apretar la manga con el índice y el pulgar — le informó.

—Es lo que estoy haciendo —se defendió Rico.

Ella se puso detrás de él y cerró los dedos sobre su mano, para guiarlo.

—Prueba ahora. Empuja hacia abajo sin dejar de pinzar con los dedos; así, la crema no se escapará...

—Pero hay un problema.

—¿Cual?

Rico se giró hacia ella.

—Que acabas de dar un paso atrás. Y me gustaba más cuando estabas pegada a mí.

—Me he apartado para que trabajes mejor.

—Así no trabajaré mejor. Y además, no me parece justo que yo me haya quitado la camisa y tú sigas completamente vestida. Sería más divertido si no hubiera nada entre tu piel y la mía — comentó.

Ella estuvo tentada de aceptar, pero sacudió la cabeza.

—Olvidalo, Rico. Estás en mi cocina y te atenderás a mis normas.

Rico no tuvo más remedio que olvidar el asunto. Y un segundo después, trazó una espiral perfecta sobre la tartaleta.

Ella parpadeó, atónita.

—O lo habías hecho antes o tienes un talento natural.

—Lo había hecho antes, pero no precisamente en una tartaleta.

—Entonces, ¿dónde?

Él se dio la vuelta, le dio un beso en los labios y contestó:

—Te lo demostraré.

Antes de que Ella se diera cuenta de lo que pasaba, Rico le levantó la falda, le metió una mano por debajo de las braguitas y le empezó a acariciar el clítoris con movimientos circulares.

—Oh... —gimió ella.

—Estás muy húmeda —susurró él.

—Sí —admitió.

—Deja que te desnude. Y al infierno con las normativas de higiene.

—Pero la persiana está subida...

Rico se giró hacia la ventana y vio que tenía razón, de modo que la dejó un momento y bajó la persiana.

—Problema resuelto —dijo.

A continuación, le subió la falda hasta la cintura, la sentó en la encimera y le quitó las braguitas. Luego, hizo lo mismo con su blusa y su sostén y la penetró.

Ella se olvidó inmediatamente de las normativas. Todo su ser estaba concentrado en las sensaciones que Rico le regalaba, en su forma de arrastrarla hacia el orgasmo, con un ritmo

contundente y rápido.

De repente, él le puso un poco de glaseado en un pezón. Ella gimió por el contacto frío y, después, gimió mucho más por la succión de su boca.

El clímax fue tan intenso que se tuvo que aferrar a sus hombros.

Entonces, Rico alcanzó su propio orgasmo y Ella supo que no volvería a preparar tartaletas sin recordar lo que había pasado esa tarde en su cocina.

Pero la aventura vespertina tocaba a su fin y, muy a su pesar, Rico tuvo que volver al hotel que había comprado. Habría dado cualquier cosa por quedarse con Ella y amanecer al día siguiente entre sus brazos.

Cuando salió de la casa, pensó que era una locura. No se podía enamorar. ¿Qué sabía él del amor? La idea de necesitar tanto a una persona le resultaba tan extrañamente atractiva como terrorífica.

Había encontrado a una mujer en quien podía confiar y a quien podía confiarse. Pero no se atrevía a dejarse llevar.

Capítulo Once

—Te recuerdo que el sábado es el día de la fiesta —dijo Rico.

Ella asintió.

—Descuida, todo está preparado. Pero antes de que lo preguntes, no; no te voy a enseñar la tarta. Tendrás que confiar en mí.

Él sonrió.

—Confío en ti, aunque estaba pensando en otra cosa.

—¿En otra cosa?

—Sí. Quiero que asistas a la fiesta en calidad de invitada.

Ella frunció el ceño.

—Rico, voy a estar muy ocupada con la tarta. Alguien la tiene que servir.

—Pero no te llevará toda la noche, ¿verdad?

—No, supongo que no.

—Entonces, serás mi invitada.

—Sinceramente, preferiría mantenerme al margen. No encajo en tu mundo.

—Por supuesto que encajas.

—Vamos, Rico... eres el dueño de una cadena de hoteles de lujo y yo, una vulgar repostera —alegó.

—De vulgar, nada; tus tartas son maravillosas —puntualizó—. Además, tú misma dices que las diferencias sociales no deberían ser tan determinantes como el carácter y la forma de tratar a la gente. Y la gente se te da bien, Ella. Quiero que estés a mi lado.

—De acuerdo... pero no tengo ni un vestido apropiado ni tiempo para ir de compras.

—¿No puedes comprarlo por Internet?

—Supongo que sí, pero tendría que esperar a que me lo envíen. Y si no estoy en casa cuando llegue, tendré que esperar al día siguiente o ir a buscarlo.

—Esto tiene fácil solución. Da la dirección de mi hotel y elige unas cuantas prendas; le diré a mi secretaria que devuelva las que no te gusten. O si lo prefieres, le pediré que llame a varios diseñadores para que envíen una selección de vestidos.

—¿Me vas a ofrecer un pase de modelos? —Ella sacudió la cabeza—. No, gracias; te lo agradezco mucho, pero ya sabes lo que pienso de la ropa de diseñadores. Es absurdamente cara y, además, no me quedaría bien.

—¿Por qué no? Tienes un cuerpo precioso. Mucho más interesante que el de esas delgaduchas sin forma.

Ella sonrió.

—Anda, deja que te regale ese vestido —insistió él.

—No. Te aseguro que soy capaz de comprármelo yo misma.

Rico la miró con perplejidad.

—Lo sé, *bellezza*. Solo intentaba ayudarte. Como has dicho que no tienes tiempo...

Ella comprendió que había sido injusta con él y se disculpó.

—Lo siento, Rico. No sé por qué he dicho eso. Será la regla...

—No, es que estás muy ocupada. Y yo he sumado una preocupación más a las que ya tienes —declaró—. Pero quiero que asistas a la fiesta.

—Asistiré —le prometió—. ¿Tu familia va a estar presente?

—No. Mis abuelos no pueden viajar; su salud es demasiado frágil.

Una vez más, Ella se extrañó de que Rico no mencionara a sus padres.

Y ya se disponía a preguntar al respecto cuando él cambió de conversación y volvió al asunto del vestido. Pero Ella no lo olvidó.

Por fin, llegó el día de la fiesta de The Fountain. Todos los empleados estaban ocupados con la preparación del acto; incluido Rico, que tuvo el tiempo justo para saludar a Ella, sugerirle que hablara con el chef si necesitaba algo de las cocinas y darle la llave de su suite, para que se pudiera cambiar de ropa.

Fue un encuentro breve, pero pudo ver la tarta que había preparado.

Estaba recubierta por un ganaché de chocolate blanco y negro y coronada por una preciosa reproducción en azúcar de la fuente que daba nombre al hotel.

—Es maravillosa, *bellezza*. Es absolutamente perfecta.

—¿Te gusta? ¿Lo dices en serio?

Cuando la fiesta empezó, Rico tuvo que conceder un par de entrevistas y posar para las cámaras. Luego, llegó el momento de saludar a los invitados y ejercer de anfitrión, tarea que le llevó casi toda la noche.

Al final, estaba más que satisfecho; la fiesta había sido un éxito y, de paso, había ganado unos cuantos clientes para el hotel. Pero el mejor momento llegó más tarde, cuando todos se marcharon y se quedó a solas con Ella, que llevaba zapatos de aguja, un vestido negro bastante escotado y la gargantilla de Viena.

—Me habría gustado bailar contigo... —dijo él.

Ella sonrió.

—No te preocupes por eso.

—Sé que no te he prestado demasiada atención —se disculpó.

—Estabas trabajando, Rico; no podías hacer otra cosa —Ella le acarició la mejilla—. Olvídalo, por favor... lo entiendo perfectamente.

—Al menos, estarás contenta con la tarta... todo el mundo estaba encantado. Seguro que la prensa te menciona en sus suplementos de gastronomía.

Ella volvió a sonreír.

—Sí, es verdad. Pero asegúrate de poner un enlace de mi negocio en la página web del hotel.

—Eso está hecho.

—Ah... ha sido una noche maravillosa. No imaginas lo feliz que soy.

—Pues está a punto de mejorar.

Ella frunció el ceño.

—¿De mejorar?

—Sí, porque te voy a secuestrar ahora mismo.

Rico la tomó de la mano y la llevó al ascensor.

—¿Me llevas a la suite?

—No. A un sitio más interesante.

Momentos después, Ella se encontró en la suite nupcial del hotel The Fountain, junto a una botella de champán metida en una cubitera.

Entonces, Rico encendió el equipo de música, le dio un beso y preguntó:

—¿Bailas conmigo?

Ella le dedicó una mirada cargada de afecto. Había sido un día complicado para Rico; era la

fiesta de inauguración de su primer hotel en Inglaterra y necesitaba que todo saliera bien; pero a pesar de ello, había encontrado el tiempo necesario para regalarle una velada romántica en la suite nupcial.

—Por supuesto que sí —respondió.

Mientras bailaban, se dio cuenta de que se había enamorado de él. No estaba segura de cuándo había sucedido, pero se había enamorado.

Adoraba su fuerza, su sentido del humor y su inteligencia. Adoraba su manera de restar importancia a los problemas y de valorar lo que realmente merecía la pena.

Por desgracia, no le podía decir lo que sentía. La suya iba a ser una relación pasajera, y no tenía derecho a exigirle más.

Pero se lo podía decir sin palabras. Con su cuerpo.

Cuando Rico la volvió a besar, Ella respondió con toda la pasión que llevaba en su interior. Y como no podía mencionar el amor, dijo lo que más se le acercaba.

—Te deseo, Rico.

—Y yo a ti, *bellezza*.

Ella sonrió. Por la intensidad de sus palabras, tuvo la certeza de que él también se había enamorado.

Rico le bajó la cremallera del vestido y se lo quitó antes de tumbarla en el sofá. La estrella de la gargantilla brilló; todavía no le había dicho que no era un souvenir del Palacio Imperial de Hofburg, sino una pieza extraordinariamente valiosa de diamantes y oro blanco. Pero no era el momento de sacarla de su error.

Le quitó la joya con delicadeza y le dio un beso en el cuello.

—Tu piel es tan suave... —Rico le bajó las tiras del sostén—. Eres absolutamente deliciosa. No sabes cuánto te deseo.

Ella asaltó su boca con pasión y él aprovechó la circunstancia para retirarle las horquillas del pelo y dejarlas caer.

—Creo que estás demasiado vestido, Rico.

Rico consideró la posibilidad de permitir que lo desnudara, pero pensó que tardaría demasiado y su paciencia se había agotado. Rápidamente, se deshizo de su ropa y le quitó el sujetador y las braguitas.

—¿Qué ha pasado con el arte de la seducción? —bromeó ella.

—No puedo esperar. Te necesito ahora, ya.

La penetró hasta el fondo y se empezó a mover. Ella suspiró, le acarició el cabello y le agarró la cabeza para acercarlo y besarlo de nuevo. Rico pensó que aquello era lo único que necesitaba, y que quería que durara eternamente.

Pero no podía ser eterno. Y cuando llegaron al orgasmo, se abrazó a su cuerpo con más fuerza que nunca.

—Quédate conmigo esta noche. Mañana te llevaré a casa... o, si lo prefieres, iré yo a primera hora y te traeré ropa limpia.

Ella sonrió.

—Me quedaré contigo, Rico.

—Excelente... ¡Ah! ¡Había olvidado el champán! ¿Te apetece una copa?

—Claro.

—Vuelvo enseguida.

Rico se levantó y regresó con la botella y dos copas, que llenó a continuación.

—Esto de beber champán en la cama es tan decadente... —observó Ella—. Pero está buenísimo.

—Me alegra que te guste.

—También me gusta tu habitación. Sobre todo, la cama con dosel.

—Pues todavía no has visto el *jacuzzi* del cuarto de baño. De hecho, se me ocurre que las burbujas del agua irían muy bien con el champán.

Lejos de poner objeciones, Ella permitió que la llevara al *jacuzzi* y que la acariciara y masturbara hasta llevarla a un segundo orgasmo.

Ya en la cama, Ella se durmió. Pero Rico siguió despierto, pensando en la mujer que descansaba a su lado. Estaba asustado. Ni siquiera estaba seguro de que fuera amor. Solo sabía que la necesitaba y que quería mucho más que ser su amante.

Por desgracia, tenía miedo de no ser suficiente para ella. Un miedo basado en el hecho de que nunca había sido suficiente para sus padres ni quizás para sus abuelos, cuyo afecto dependía excesivamente de su capacidad para dirigir los hoteles.

¿Merecía el amor de Ella Chandler?

En cuestión de negocios, Rico era el hombre más seguro del mundo; pero en cuestión de sentimientos, estaba perdido.

Ella abrió los ojos y miró a Rico. Había amanecido, y la luz del sol bañaba el dormitorio de la suite.

—Bueno, señor millonario, ¿qué vamos a hacer hoy?

—Lo que tú quieras. Estoy en tus manos.

—Magnífico, porque tengo una idea que...

La idea de Ella le gustó tanto que no dejó de sonreír, profundamente satisfecho, durante muchos minutos.

Luego, después de ducharse y de tomar un buen desayuno, la llevó a su casa en coche, esperó a que se cambiara de ropa y salieron a pasear.

—¿Qué vas a hacer ahora? Ya has celebrado la fiesta de inauguración del hotel. ¿Vas a volver a Roma?

—Aún no. Quiero estudiar las necesidades de mi nueva plantilla. La semana que viene, me quitaré el traje de ejecutivo y haré otros trabajos.

Ella le lanzó una mirada llena de humor.

—No me digas que vas a hacer de camarero...

—Entre otras cosas.

—Estoy tentada de pasarme por The Fountain y complicarte la vida.

Él rió.

—Inténtalo. Estoy acostumbrado a los clientes difíciles.

—Hum... ¿Me estás desafiando? Muy bien, tú lo has querido. ¿Cuándo empiezas?

—El martes por la mañana. A las diez en punto.

Ella sonrió.

—Oh, esto va a ser tan divertido...

El martes por la mañana, Ella dejó sus pedidos en las cafeterías de la zona y se dirigió al hotel de Rico.

—Buenos días, *madame* —dijo él cuando la vio—. ¿La acompaño a una mesa?

Ella sonrió y asintió. Fiel a su palabra, Rico se había quitado el traje y se había puesto la camisa blanca, la chaqueta color burdeos y los pantalones negros que llevaban todos los

camareros del hotel.

—Sí, gracias. Si es posible, con vistas al jardín.

—Por supuesto, *madame*.

Tras sentarla a la mesa, Rico le dio un menú.

—¿Qué me recomienda para desayunar? —preguntó ella, siguiendo con la broma.

—Eso depende de lo que la señora desee. ¿Le apetece algo ligero y banal? ¿O fuerte o intenso?—preguntó con picardía.

Ella rompió a reír.

—Rico, eres un camarero terrible... Espero que no digas esas cosas a tus clientes.

Él sonrió y se sentó a su lado.

—No, solo te las digo a ti. Y en cuanto a mi recomendación para el desayuno, me temo que no estaría en el menú... Pero si yo estuviera en tu lugar, pediría un capuchino y un pedazo de tarta.

—¿Vuestras tartas son tan buenas como las de Viena?

—No, The Fountain no está precisamente especializado en repostería.

Pero ese defecto lo vamos a corregir con rapidez. He hablado con el chef y le he propuesto que seas nuestra proveedora habitual.

—¿En serio?

—Sí, claro. John está muy interesado. Quiere que le envíes muestras.

—En ese caso, le llamaré por teléfono, le pediré una cita y le llevaré personalmente esas muestras.

—Hum... Creo que ese día estaré trabajando en la cocina.

—De acuerdo, pero tendrás que portarte bien —le advirtió—. Y de paso, podrías hablar con el jefe de camareros y decirle que despida al señor Rossi. Llevo quince minutos esperando a que me sirva un café.

—No han pasado quince minutos —protestó Rico—. Pero está bien, iré a buscar tu capuchino, *bellezza*...

Él le sirvió el café y se marchó a atender a otros clientes. Ella sintió un acceso de celos cuando se acercó a cuatro mujeres que compartían mesa y les tomó nota; las mujeres se lo comieron con los ojos, pero Ella respiró hondo y alcanzó la taza de café para tranquilizarse un poco y refrenar su rabia.

Sabía verdaderamente mal.

—¿Va todo bien? —preguntó Rico cuando volvió a su lado—. Casi no has tocado el café...

Ella consideró la posibilidad de ser sincera con él, pero aquel brebaje era tan malo que no se atrevió.

—No, es que los capuchinos no me gustan mucho.

Rico frunció el ceño.

—Sé que estás mintiendo. ¿Qué ocurre? ¿Está malo?

Él alcanzó la taza, echó un trago y, a continuación, la miró con extrañeza.

—No lo entiendo. Sabe bien —dijo.

—Será cosa mía —replicó Ella, encogiéndose de hombros—. Últimamente he tomado demasiado café.

—Pues deja que te traiga otra cosa...

Rico regresó al cabo de un par de minutos con un té a la menta, que le borró a Ella el mal sabor de boca.

—Gracias, Rico. ¿Harías eso por todos tus clientes?

—Por supuesto que sí. No creas que recibes un tratamiento especial porque eres la amante del jefe, ¿eh?

—¿Ah, no?

—Bueno, es cierto que no suelo probar los cafés de la clientela y que nunca me siento a hablar con ellos. Pero, ¿qué puedo hacer? Eres una verdadera distracción.

—Pues vuelve a tu trabajo, *garçon* —ironizó.

Él se inclinó y le dio un beso.

—Te veré más tarde. Pero no te olvides de llamar a John. He sido sincero al decir que está muy interesado.

—No lo olvidaré —dijo—. Ah, una cosa más...

—¿Sí?

—¿Puedo pagar el desayuno?

—Ni lo sueñes. Invito yo —respondió—. *Ciao, bellezza.*

Aquella tarde, tumbada en el sofá de Rico, Ella extendió un brazo y le apartó un mechón de la frente.

—Siento haberte molestado esta mañana.

—¿Molestarme? Me he divertido mucho contigo. Aunque tuve que explicar a unas damas del restaurante que yo era el dueño del hotel y que tú eras mi novia... Vieron que te besaba y, por supuesto, les extrañó. No les podía dejar con la impresión de que los camareros de The Fountain se dedican a besar a los clientes.

Ella soltó una carcajada.

—Pobres mujeres. Seguro que se llevaron una decepción.

Él rio.

—Lo pícara que puedes llegar a ser...

—Más de lo que imaginas —afirmó—. Pero dime, ¿estás contento con los empleados de tu nuevo hotel?

—Sí, mucho. Es un equipo excelente —dijo—. Me temo que algunos directivos no están a la altura de los trabajadores, pero solventaré ese problema.

—Entonces, te vas a quedar un poco más...

—Sí.

Rico se calló el verdadero motivo de su decisión de permanecer en Londres. No tenía que quedarse allí para sustituir a los directivos; podía llamar al gerente de cualquiera de sus hoteles y pedirle que se hiciera cargo. Seguía en Londres porque quería estar con ella. Y si necesitaba excusas para eso, se las buscaba.

Capítulo Doce

—¿Por qué estás trabajando? —preguntó Rico—. Es la hora de comer.

—Y estoy comiendo...

Ella señaló el plato que tenía en la mesa. Contenía un sándwich de aspecto no muy apetecible.

—Deberías tomar algo decente —comentó él.

—Eso es algo decente. Está muy bueno.

—¿Qué es?

—*Marmite* con apio.

—¿*Marmite*?

—Es un producto típicamente inglés que se hace con extracto de levadura —respondió—.

¿Quieres probarlo?

Rico lo probó y tuvo que echar un trago de agua para quitarse el mal sabor de boca.

—¿Cómo puedes comer eso? ¡Es repugnante!

Ella se encogió de hombros.

—Pues a mí me gusta...

—Sí, te creo. Porque, si no te creyera, pensaría que tienes antojos de embarazada.

—Yo no estoy...

Ella no terminó la frase. Se quedó pálida de repente.

—¿Qué ocurre? —preguntó él.

—Que me acabo de dar cuenta de una cosa.

—¿De qué?

—De que llevo dos semanas de retraso con la regla.

Rico se quedó helado.

—¿Eso te suele pasar?

Ella sacudió la cabeza.

—No, pero he estado tan estresada con el trabajo que tampoco tendría nada de particular.

Además, hemos sido muy cuidadosos.

Rico no se sintió más tranquilo por eso. Sabía que los preservativos no eran seguros al cien por cien.

—Será mejor que te hagas una prueba.

—¿No crees que estás exagerando?

—No, no lo creo. Llevas dos semanas de retraso. Tú misma lo has dicho.

—Pero no tengo síntomas de estar embarazada.

—¿Estás segura de eso? El otro día, cuando te serví el café en el hotel, te supo mal; pero estaba perfectamente bien. Y últimamente te cansas demasiado.

—Porque trabajo demasiado —contraatacó.

—Tienes que hacerte una prueba de embarazo —insistió él.

Ella entrecerró los ojos.

—No necesito una prueba, Rico.

Él se cruzó de brazos.

—¿Dónde hay una farmacia?

Como Ella no respondió, Rico sacó el teléfono móvil, se conectó a Internet y buscó una lista

de las farmacias de la zona. Luego, localizó la más cercana y dijo:

—Espérame aquí. Vuelvo enseguida.

En cuanto se quedó a solas, Ella sintió pánico. ¿Sería posible que estuviera embarazada? Y si lo estaba, ¿qué pasaría? No sabía si estaba preparada para ser madre. Ni si Rico estaría preparado para ser padre, con independencia de lo que pasara con su relación.

Al cabo de un rato, Rico llamó a la puerta, entró en la casa y le dio el paquete que había comprado.

—Necesito estar seguro, Ella —dijo—. Por favor...

—Está bien.

Ella entró en el servicio y salió poco después con la prueba de embarazo en la mano.

—¿Cuánto tiempo tardaremos en saberlo? —preguntó Rico.

—Según el prospecto, dos minutos.

Él suspiró.

—Dos minutos...

La espera se les hizo eterna. Ella sostenía la prueba con tanta fuerza que los nudillos se le quedaron blancos.

Y entonces, lo vieron.

Había dado positivo.

—Dios mío... No es posible. No puedo quedarme embarazada. Tengo un negocio que sacar adelante... ¿Qué voy a hacer si tengo que cuidar de un bebé?

—Puedes abortar —declaró Rico, tan impactado como ella.

—Sí, claro que sí, pero...

Tras unos segundos de silencio, Ella respiró hondo y añadió:

—No, pensándolo bien, no quiero abortar. Este no es el momento más conveniente para mí, pero siempre he querido ser madre.

Rico guardó silencio. No sabía qué decir.

—No te preocupes por nada —continuó ella—. No espero que te hagas cargo del bebé; ni desde un punto de vista emocional ni económico.

—¿Que no me preocupe? También es mi hijo —le recordó—. No te dejaré sola. Nos casaremos.

—¿Cómo? —preguntó con incredulidad.

—Que nos casaremos.

—¿Por el bebé?

—¿Por qué si no?

—Pero, ¿en qué siglo vives, Rico? Afortunadamente, la gente ya no está condenada a casarse por un embarazo.

—Nos casaremos —insistió.

Ella puso los brazos en jarras.

—De ninguna manera. Además, me dijiste que no querías familia.

—Eso fue antes de que te quedaras embarazada. Tengo que hacer lo correcto.

—¿Lo correcto? ¡Menuda estupidez!

—Quiero que el bebé lleve mi apellido...

—Si eso es lo que te preocupa, olvídalo. Le pondré tu apellido en el certificado de nacimiento. Pero no me voy a casar contigo porque me haya quedado embarazada. Nos arrepentiríamos.

—Ella, por favor... ese niño tiene que vivir con nosotros, con los dos, juntos. Tenemos que casarnos. Por su bien.

—Rico, mi madre me crió sola. Y como puedes ver, salí perfectamente.

—Sí, ya lo sé, yo tampoco quiero que nuestro hijo sufra la infancia que yo tuve. Mi madre cometió el error de...

Rico no terminó la frase.

—¿Qué error cometió? —preguntó Ella con desconfianza.

Él suspiró.

—Se quedó embarazada a los dieciocho años. Lo hizo a propósito —le confesó—. Para que mi padre no tuviera más remedio que casarse.

—¿Estás insinuando que me he quedado embarazada a propósito?

—No, por supuesto que no. Tú no te pareces nada a mi madre... —Rico se pasó una mano por el pelo, desesperado—. Ella... es un asunto complicado. Solo te lo he dicho porque quiero que me entiendas mejor.

—¿Qué quieres que entienda?

—Si te lo digo, ¿me prometes que guardarás el secreto?

—¿Cuándo te he traicionado yo?

—Jamás.

Rico respiró hondo.

—Ella, mis padres y yo no nos hablamos. No quiero saber nada de ellos, aunque les paso una asignación para que vivan mejor.

—¿Una asignación? ¿A tus padres?

—Llegamos a un acuerdo. A cambio del dinero, se mantienen lejos de mí.

Ella lo miró con asombro.

—Pero, ¿cómo es posible?

—Mis padres no me quisieron nunca. Vivir con ellos era una pesadilla... se peleaban todos los días; normalmente, por cosas triviales. Mi padre odiaba a mi madre porque le había tendido una trampa, y a ella solo le preocupaba el dinero. Lo pasé tan mal que me encerré en mí mismo y dejé de hablar. Mis profesores querían enviarme a una institución especial, pero yo no tenía ningún problema... me portaba así porque no soportaba a mis padres.

Los ojos de Ella se llenaron de lágrimas.

—Oh, Rico...

—Déjame hablar, por favor. Necesito que entiendas por qué quiero que nuestro hijo tenga un hogar estable y feliz.

—Está bien, te escucho.

—Cuanto yo tenía cuatro años, se separaron. Y fue casi peor, porque empezaron a competir por mí.

—¿A competir?

—No por mi afecto, sino por lo que yo representaba. Para mi padre, era un instrumento. Malgastaba la fortuna familiar en coches caros, yates e inversiones desastrosas... Mi abuelo lo habría desheredado de buena gana, pero no podía desheredarlo mientras yo dependiera de él. Le hacía chantaje conmigo.

—¿Y tu madre?

—Para ella, yo era una forma de hacer daño a mi padre. Quería quedarse conmigo para molestarle a él. Y para mantener la asignación extraordinaria que recibía por mí —respondió con

tristeza—. Viví en su casa durante una temporada, cuando se divorció. Pero no la veía casi nunca. Todas las noches se iba de fiesta, y volvía tan tarde que dormía casi todo el día. Yo me críe con las niñeras y sus novios.

—Qué horror.

—Mi situación era tan lamentable que mis abuelos decidieron intervenir. Llevaron a mi madre a los tribunales y le quitaron mi custodia —explicó—. Luego, me llevaron a varios especialistas y, poco a poco, volví a hablar.

Él respiró hondo y Ella guardó silencio.

—Empecé a trabajar en el negocio de la familia a los catorce años, mientras estaba en el instituto. Mi abuelo quería que dirigiera la empresa, y me presionó para que fuera un estudiante modelo. Si no 91

sacaba sobresalientes, me obligaba a volver a estudiar la asignatura hasta conocerla a la perfección. Y si cometía algún error con la contabilidad de los hoteles, insistía en ello hasta que me estallaba la cabeza.

—¿Te felicitó alguna vez por tus éxitos?

Él se encogió de hombros.

—No, nunca. Aunque hace tres años, cuando dejó el negocio, me nombró presidente de la cadena. Supongo que esa es su forma de felicitarme.

—Puede que no sea hombre de palabras... hay personas que no saben expresar lo que sienten —observó Ella—. ¿Tu padre era hijo único?

—Sí.

—Seguramente, tus abuelos lo mimaron demasiado y decidieron no cometer el mismo error contigo. Eso no significa que no te quieran, Rico.

—Tal vez —dijo él—. Pero, en cualquier caso, no me gustaría que mi hijo tuviera una infancia como la mía. Quiero que tenga un padre. Un buen padre.

—Lo comprendo, pero no nos podemos casar por eso. Un matrimonio tiene que estar basado en el amor, Rico.

Él volvió a suspirar.

Ella acababa de poner el dedo en la llaga. Amor. Un sentimiento que no estaba seguro de comprender ni, mucho menos, de sentir. Un sentimiento que le daba miedo, porque nunca lo había sentido en carne propia.

Al ver la cara de terror de Rico, Ella tuvo una revelación.

Rico Rossi, el gran ejecutivo, el hombre que no dudaba nunca en los negocios, estaba completamente perdido en materia de sentimientos.

Su infancia había sido tan terrible que jamás podría abrir su corazón a nadie.

A menos que lo enseñara a amar. Que le diera la seguridad que nunca había tenido. Que le hiciera comprender que no lo quería por su dinero ni por sus posesiones, sino por sí mismo, por lo que era.

—Necesito pensar, Rico. ¿Puedes dejarme a solas?

Rico asintió.

—Por supuesto. Pero si decides no casarte conmigo, recuerda que tendrás mi apoyo de todas formas —declaró—. Por favor, llámame cuando quieras hablar.

Rico se dio la vuelta y se marchó.

Ella estuvo a punto de salir en su busca, pero se contuvo. Y una hora más tarde, confundida ante el dilema que la vida le había presentado, salió de la casa y se dirigió al cementerio donde

estaba enterrada su madre.

Al llegar a la tumba, se arrodilló y dijo:

—Oh, mamá... no sé qué hacer. Si Rico me confesara que está enamorado de mí, me casaría con él sin dudarle; pero no me ha pedido matrimonio por amor. Y aquí me tienes, embarazada y soltera, en la misma situación en la que tú te encontraste... Rico es un buen hombre, ¿sabes? No se parece nada a Michael. Tuvo una infancia tan difícil que ahora no sabe si es capaz de amar. Creo que tiene miedo de quererme a mí y de querer al bebé.

Ella estuvo unos minutos más junto a la tumba de su difunta madre.

Luego, se incorporó y volvió a su casa, andando y pensando en lo sucedido. ¿Se podía casar con Rico sin estar segura de su amor? Era muy arriesgado. Si estaba en lo cierto, Rico reaccionaría más tarde o más temprano y se daría cuenta de que podía entregarle su corazón; pero si se equivocaba, su matrimonio sería un infierno.

En cuando entró en la casa, lo llamó por teléfono. Había tomado una decisión.

—¿Dígame?

—Soy yo, Rico. Me casaré contigo; pero quiero que sepas que no lo hago por dinero. El dinero no es lo importante. Lo importante es compartir.

—¿Compartir?

—Sí. Eso implica que tendrás que venir conmigo a los exámenes médicos y estar a mi lado durante el parto.

—Por supuesto. Te dije que te apoyaría y cumpliré mi palabra —afirmó.

—Y cuando nos casemos, viviremos juntos.

—Trato hecho. Me quedaré con un apartamento del hotel.

—¿Del hotel? The Fountain está en Belgravia, Rico, a media hora de mi casa actual y de mi negocio. Si viviera en el hotel, tendría que levantarme a las cinco de la mañana para abrir a tiempo.

—Puedes trabajar en las cocinas del hotel...

—No me parece una buena idea. Necesito tener mi propio espacio.

—Bueno, ya se nos ocurrirá algo. No es tan importante.

—Rico, no voy a cometer otra vez el error de depender hasta ese punto de otra persona. Lo hice con Michael y fue un desastre.

—Pero yo no soy Michael.

—Lo sé.

—Y tampoco soy mi padre —insistió—. Puedes confiar en mí. No permitiré que nuestra relación fracase.

—Hablas como si fuera un asunto de negocios.

Él suspiró.

—Hablo así porque es la única forma que conozco.

Ella sacudió la cabeza.

—Rico... ¿eres consciente de que todo esto me da tanto miedo como a ti?

—A mí no me da miedo —dijo, orgulloso.

—¿Ah, no? Me prometiste que no volverías a mentir.

Rico pensó que Ella tenía razón y asintió.

—Sí, eso es verdad. Discúlpame. Es que... este asunto me supera. Intento hacerlo lo mejor que puedo, pero...

Ella sonrió y lo dejó pasar.

—Entonces, ¿te vendrás a vivir conmigo?

—¿Tengo elección?

—Claro que sí. Te puedes quedar en tu torre de marfil.

Rico soltó una carcajada.

—Sé que no va a ser fácil para ninguno de los dos, Ella. Yo tampoco estoy acostumbrado a compartir mi espacio con nadie. Ni a vivir en un sitio tan pequeño como el tuyo.

—¿No te crees capaz de sobrevivir a un apartamento, niño rico? —bromeó.

—Será mejor que no conteste a esa pregunta —respondió con humor—. Te veré más tarde, *bellezza*. Y llevaré mi maleta.

—Gracias.

Ella cortó la comunicación y rompió a llorar.

Capítulo Trece

Fiel a su palabra, Rico se mudó a su casa aquella misma noche. Y fue él quien se vio obligado a viajar media hora, todos los días, para llegar al trabajo. Pero no se quejó en ningún momento. Ni del tiempo que perdía ni del tamaño de la residencia de Ella, quien estaba verdaderamente asombrada con su actitud.

Asombrada y desconcertada por volver a vivir con alguien. Por despertar en mitad de la noche y encontrar un hombre a su lado. Por la maquinilla de afeitarse que estaba junto a su cepillo. Por el cepillo de dientes que estaba junto al suyo. Y por los trajes que, de repente, ocupaban la mitad la mitad del armario.

Sin embargo, Rico no bajó sus defensas. Dos semanas después de haberse mudado, parecía más encerrado en sí mismo que nunca.

A pesar de ello, era el compañero perfecto; le llevaba flores, se interesaba por su día a día, se aseguraba de que no estuviera demasiado cansada y se mostraba atento a cualquier cosa que pudiera necesitar. Salvo por el detalle de que, cada vez que tocaba algún asunto más personal, él hacía un comentario vago y cambiaba de conversación. O se empeñaba en decir que estaba bien cuando era evidente que no lo estaba.

Por lo visto, llegar al corazón de Rico iba a ser más difícil de lo que había imaginado.

Un día, cuando volvió a casa, le preguntó:

—¿Qué tal te ha ido?

—Bien. Pero tengo que volver a Roma.

Ella se quedó helada. No sabía si tenía que viajar por motivos de negocios o si tenía intención de quedarse. Al fin y al cabo, le había confesado que estaba enamorado de Roma y que era la única ciudad donde quería vivir.

—¿A Roma?

—Sí, me quedaré tres o cuatro días.

Ella se sintió inmensamente aliviada.

—¿Estarás bien en mi ausencia? —continuó Rico.

Ella respiró hondo.

—Sí, por supuesto. Soy una chica dura, ya lo sabes —dijo, forzando una sonrisa—. Sé cuidar de mí misma.

Rico guardó silencio. Y Ella se preguntó si el viaje a Roma serviría para que se diera cuenta de que estaba enamorado o si, por el contrario, lo alejaría un poco más.

Roma.

Por fin estaba en casa.

Rico pensó que debía alegrarse de volver a su hogar, pero se sintió como si estuviera en un lugar desconocido. Tenía la sensación de haber perdido algo importante; la misma sensación que tuvo cuando Ella volvió a Inglaterra.

Y supo por qué.

Sacudió la cabeza y se dijo que era absurdo. Solo iba a estar tres o cuatro días lejos de Ella. ¿Cómo era posible que la extrañara tanto? ¿Y tan pronto?

Intentó afrontarlo con su truco habitual, concentrándose completamente en su trabajo; pero fracasó. Allá donde mirara, veía familias. Bebés, mujeres con carritos de bebé y padres con bebés

entre sus brazos.

Entonces, se dio cuenta de que la vida con Ella y con la criatura que llevaba en su vientre no estaba condenada a ser como su infancia. Solo tenía que expresarle sus sentimientos; decirle que la amaba y que no se lo había dicho antes porque no sabía si sería capaz de amar.

Si encontraba las palabras para decírselo.

El primer día de su ausencia, Rico le envió flores; un precioso ramo de margaritas, crisantemos y rosas. Pero Ella pensó que estaría en alguna reunión, así que sacó una foto del ramo y se la envió por teléfono en lugar de llamarlo para darle las gracias.

La respuesta llegó unas horas después, con un *prego* tan escueto que se deprimió al instante. No le había concedido ni dos minutos de conversación telefónica. Aunque al menos se había tomado la molestia de responder.

El segundo día, le envió una caja de bombones de chocolate. Y cuando Rico respondió del mismo modo a su mensaje de agradecimiento, Ella se empezó a preguntar si los regalos se los enviaba él o si había encargado la tarea a su secretaria.

El tercer día, recibió una película que le había mencionado en cierta ocasión. Al verla, Ella sonrió con tristeza. Estaba en formato Blu-ray y no tenía el reproductor adecuado; aunque evidentemente, Rico no lo podía saber.

Esta vez, le faltó poco para llamar por teléfono. Pero se refrenó y, una vez más, le envió un simple mensaje.

—¿Cómo supiste que Sofía era adecuada para ti?

Rico giró la copa de vino que tenía en la mano, cabizbajo. No se atrevía a mirar a Giuseppe a los ojos. Era la primera vez que hablaban de sentimientos; y por si eso fuera poco, estaban en presencia de su esposa, Sofía.

—Lo supe cuando me di cuenta de que no podía vivir sin ella —respondió—. Pero, ¿por qué lo preguntas? ¿Se trata de la mujer de Roma? ¿Por la que me pediste prestado el avión?

—Sí.

Giuseppe arqueó una ceja.

—Vaya, empezaba a pensar que no te enamorarías nunca... ¿Estás bien?

Rico se pasó una mano por el pelo y suspiró. Había considerado la posibilidad de mentir, pero su amigo lo conocía demasiado bien como para hacerle creer algo que no era.

—No. Odio esta situación. He perdido el control.

—Bueno, eso es lógico. Pero no te preocupes; te sentirás mejor con el tiempo.

—¿En serio? ¿Y qué pasa si he cometido un error, si lo he hecho todo mal?

—Que tendrás que aprender a disculparte. Los bombones y las flores suelen funcionar.

—Ya se los he enviado.

—¿Y las palabras? Lo digo porque eso es lo que más le gusta a Sofía, las palabras.

—¿Qué palabras?

—Palabras de amor, Rico. Dile que la quieres.

Él volvió a suspirar. Alzó la cabeza, miró a Giuseppe y a su esposa y preguntó:

—¿Cómo os sentisteis al saber que ibais a ser padres?

—¿Padres? —intervino Sofía—. ¿Insinúas que vas a ser padre?

—Sí, eso me temo.

—Y yo que estaba a punto de dejaros a solas, pensando que hablaríais de coches toda la noche... Pero ya no me voy. Quiero saberlo todo.

Rico miró a Giuseppe con pánico, como esperando que saliera en su rescate.

—Ya has oído a la dama, Rico. Además, yo también quiero saberlo —afirmó—. Aunque ya sé lo más importante... que es una mujer especial.

Rico frunció el ceño.

—¿Por qué dices eso?

—Porque te has enamorado de ella y eso es prácticamente un milagro. Siempre mantienes las distancias con la gente; incluso con nosotros.

—Pues sí, es especial... —dijo Rico, sonriendo por primera vez—. Está bien. ¿Queréis que os hable de Ella? Eso está hecho.

Ella se deprimió mucho el cuarto día, al observar que no llegaba ni un regalo ni un simple mensaje de texto. Para entonces, estaba tan desesperada que empezó a pensar que su relación con Rico era imposible, que jamás la amaría y que, si se casaba con él, su matrimonio sería un desastre.

En un acceso de rabia, alcanzó el teléfono móvil y lo llamó. Pero saltó el contestador automático, y aquello fue la gota que colmó el vaso de su paciencia.

—Rico, soy yo. Lo siento. No puedo seguir adelante —dijo—. Obviamente, permitiré que veas al bebé y que formes parte de su vida, pero no me puedo casar contigo.

Luego, cortó la comunicación y rompió a llorar amargamente.

Ella no podía saber que Rico estaba llegando a Londres en ese momento. Había apagado el teléfono en el avión, y se llevó una sorpresa extraordinariamente desagradable cuando lo volvió a encender y oyó su mensaje.

En cuanto salió del aeropuerto, subió al coche y se dirigió a la ciudad a toda prisa. Necesitaba verla, saber lo que había pasado. Pero Ella no estaba en su casa cuando llegó. Y tenía el móvil apagado.

Caminó de un lado a otro, se preparó un café, intentó localizarla de nuevo y siguió caminando. Ya estaba a punto de volverse loco cuando oyó la puerta.

Por fin había llegado.

—Rico... —dijo ella, sorprendida—. No sabía que hubieras vuelto...

—Tendría que haberte avisado. Lo siento —se disculpó.

Ella tragó saliva.

—¿Has... ? ¿Has recibido mi mensaje?

—Sí, lo he recibido. ¿Por qué no te quieres casar conmigo?

—Porque he tenido tiempo de pensar y me he dado cuenta de que no me amarás nunca. Y no me puedo casar sin amor —respondió, con lágrimas en los ojos—. Compréndelo, Rico. No puedo fingir que todo va bien. Y no quiero cometer el mismo error que cometió mi madre al enamorarse de un hombre que no la correspondía.

Rico la miró con ternura.

—No vas a cometer el error de tu madre. No te vas a casar con alguien que no te corresponde, sino con un hombre que no está acostumbrado a expresar lo que siente. Pero intentaré cambiar... y con tu ayuda, puede que lo consiga.

Ella lo miró sin entender nada, como si estuviera delante de un marciano. Rico se acercó a ella y la abrazó.

—Nunca se lo había dicho a nadie. Es la primera vez en mi vida, Ella... Pero te amo. Me da un miedo terrible, pero te amo.

—¿Me amas?

—Con toda mi alma. A ti y al niño que estás esperando —dijo—. No sé si sabré ser un buen

padre, pero Sofía dice que nadie es perfecto y cree que lo haré bien.

—¿Quién es Sofía?

—La esposa de mi mejor amigo, Giuseppe. Y ahora que lo mencionas, les pedí que fueran los padrinos de nuestro bebé... espero que no te importe.

Ella parpadeó.

—¿Les hablaste de mí? ¿Y de nuestro bebé?

—Sí, se lo dije todo. Saben que eres especial...

Ella estaba verdaderamente desconcertada.

—¿Es verdad lo que has dicho, Rico? ¿Es verdad que me quieres?

—Bueno, me intenté convencer de que no te quería, de que lo nuestro era una simple relación sexual...

—Conocidos con derecho a roce —ironizó.

—Sí, pero tú eres mucho más que eso. Y hace unos días, cuando llegué a Roma, me di cuenta de que no podía vivir sin ti.

Rico le acarició la cara con suavidad.

—Te necesito, Ella... supongo que debería habértelo confesado entonces, pero no encontraba las palabras necesarias y, por otra parte, no quería decírtelo por teléfono.

—Así que me enviaste flores...

—Exactamente. ¿Me darás otra oportunidad, *bellezza*?

Una lágrima solitaria descendió por la mejilla de Ella.

—Me amas...

—Sí, te amo. Y ardo en deseos de casarme contigo.

Ella no dijo nada. No podía creer lo que estaba oyendo. ¿Sería un sueño, un producto de su imaginación?

—Esta mañana he ido de compras. He ido a comprar algo importante —continuó él—. Puede que no sea el hombre más cariñoso del mundo, pero te doy mi palabra de que me esforzaré por hacerte feliz.

Súbitamente, Rico clavó una rodilla en el suelo, sacó una cajita que llevaba en el bolsillo y la abrió. Contenía un anillo de platino y diamantes.

—Es precioso... —acertó a decir Ella.

—Me alegra que te guste, porque tengo que hacerte una pregunta... ¿Quieres ser mi esposa? No te lo pido porque vayas a tener un bebé. Te lo pido porque te quiero porque mi vida es mejor cuando estás conmigo, porque me siento completo a tu lado.

—Oh, Rico...

—Te necesito, Ella. Te amo.

Ella parpadeó con fuerza, en un intento por apartar las lágrimas de sus ojos.

—Yo también te amo. Te amo por lo que eres —dijo, emocionada—. Me da igual que tengas dinero o que seas importante... si no tuvieras nada y mi negocio se hundiera en la miseria, saldríamos adelante con nuestro amor. Claro que me casaré contigo, Rico. Y si quieres, nos iremos a vivir a Roma.

—Londres, Roma, Viena... por ti, sería capaz de vivir en Tombuctú. —Rico le dio un beso en los labios—. El lugar carece de importancia mientras estés a mi lado. Lo que importa es el amor. Lo aprendí de ti, y es una lección que no olvidaré.

En ese momento, Ella supo que estaba hablando en serio y que podía confiar en él.

—Tú también me has enseñado muchas cosas, Rico. Y sé que no me dejarás nunca en la

estacada.

Rico se incorporó y le puso el anillo en la mano izquierda.

—Aún tenemos muchas cosas que aprender el uno de otro —dijo él—. Pero lo conseguiremos, porque estaremos juntos.

Ella repitió con una sonrisa en los labios:

—Juntos.

FIN